

“Hacia una nueva comprensión de la historiografía colombiana: Breve historia
intelectual de Enrique Otero D’Costa (1881-1964)”

Trabajo de grado
Escuela de Ciencias Humanas
Programa de Historia
Director de tesis: Sebastián Vargas

Presentado por:
Daniel Mauricio Preciado Camargo

Semestre II, 2014

Índice

Introducción.....	P. 1
Enrique Otero D´Costa: Experiencias cotidianas, políticas e intelectuales.....	P. 15
Su lugar de enunciación dentro de la historiografía colombiana.....	P. 39
Conclusiones.....	P. 66
Bibliografía.....	P. 73

Introducción

Con la intención de hallar y conservar cualquier evidencia factual o material sobre el pasado nacional, la cual permitiera el establecimiento de una memoria colectiva consciente y orgullosa de un pasado glorioso en común, nace, en 1902, durante el gobierno de José Manuel Marroquín, la Academia Colombiana de Historia¹, cuya sede principal se ubicó en Bogotá. La producción historiográfica de esta institución se compone de numerosas reseñas y trabajos sobre historia militar y política, los cuales abarcan periodos de la historia como el Descubrimiento de América, la Conquista y la Independencia². Privilegiando estilos de escritura como las biografías de personajes con rasgos heroicos o ejemplares, su objetivo esencial era crear una reflexión moralista de los acontecimientos del pasado. Dichos escritos se desarrollaron, según el historiador Jorge Orlando Melo, con “una perspectiva metodológica relativamente ingenua y basada en la visión de que la realidad histórica existe independientemente del historiador, que la encuentra y la narra con base en el testimonio del documento”³.

Más allá de ser una institución de divulgación histórica, la Academia Colombiana de Historia ha sido considerada como el pilar de la denominada “historia académica”, corriente de la historiografía nacional que constituyó una forma particular de concebir y escribir la historia durante la primera mitad del siglo XX. Frente a dicho periodo ciertos autores han optado por reseñar brevemente sus características generales e intentar explicar cómo los autores de estas obras y las instituciones que las divulgaban concebían el pasado nacional.

Para Jorge Orlando Melo, la historia de la Academia durante este periodo (e incluso en la actualidad) pasa por ser “rutinaria” y “reduccionista”, en el sentido de que su discurso tiene como función estimular en los lectores “sentimientos patrióticos” de reverencia hacia el pasado y hacia las figuras a las cuales puede atribuirse mayor

¹ De ahora en adelante en este texto denominada bajo la sigla ACH.

² Comparar. Melo, Jorge Orlando, “Medio siglo de historia colombiana”. En: Leal Buitrago, Francisco, *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*. Ediciones Uniandes. Bogotá: 2000. P. 155.

³ Ver, Melo, Jorge Orlando, “Medio siglo de historia colombiana”. P. 155.

influencia en la conformación de las instituciones básicas del país”⁴. Teniendo en cuenta esta finalidad, Melo explica que la creación de numerosas biografías de héroes de la Independencia, la reconstrucción de batallas o el rescate de las raíces familiares a través de la elaboración de genealogías, eran síntomas de que los historiadores no se basaban en criterios claramente científicos para conocer el pasado, sino que su impulso por estudiarlo transitaba por una suerte de fuertes criterios morales y nacionalistas. De ahí se deriva el interés por los temas de historia política y militar⁵, y el abandono casi por completo del conocimiento de otros actores, instituciones y procesos acaecidos en el pasado.

Se han concebido, por otra parte, las obras historiográficas de la Academia como parte de un "ritual" cuya finalidad era enaltecer el patriotismo de los colombianos⁶. Según el historiador Germán Colmenares, esta función que se le daba a la historia estaba demasiado alejada del mismo saber histórico de las realidades del pasado, por lo que el ejercicio de la historia era completamente literario, el cual "se practicaba como un deber moral y como una prueba de amor a la patria"⁷. Por tanto, el conocimiento histórico de la nación colombiana se reducía a registrar secuencialmente una serie de hechos políticos e institucionales, revestidos de un carácter casi sagrado, los cuales debían ser guardados, conservados y divulgados en la memoria de todos los ciudadanos. De hecho, esta concepción de la historia fue la brecha por la cual se crearon numerosas colecciones enciclopédicas o manuales de historia⁸, donde se materializaron grandes síntesis históricas, y que fueron responsables de la predilección de unos temas sobre otros, como por ejemplo, la historia de las grandes batallas de la Independencia sobre la historia económica de la nación durante su formación.

Por su parte, el filósofo Alexander Betancourt concibe este periodo de la "historia académica" como una prolongación en el tiempo de la historiografía colombiana del siglo XIX, la cual, aunque estaba envuelta en el campo de las luchas

⁴Ver, Melo, Jorge Orlando, "Los estudios históricos en Colombia". En: *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas*. Editorial Martín Vieco. Medellín: 1996. P. 22.

⁵ Comparar, Melo, Jorge Orlando, "Los estudios históricos en Colombia". P. 22.

⁶ Comparar, Colmenares, Germán, "Perspectiva y prospectiva de la historia en Colombia 1991". En: *Ensayos sobre historiografía*. Tercer mundo editores. Bogotá: 1997. P. 98.

⁷ Ver, Colmenares, Germán, "Estado de desarrollo e inserción social de la historia en Colombia". En: *Ensayos sobre historiografía...* P. 122.

⁸ Dentro de ellas se destacan el trabajo clásico de Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria* (1911), el *Boletín de Historia y Antigüedades* (1902 a la fecha), órgano de publicaciones de la ACH y la *Historia extensa de Colombia* (1965) de la misma ACH.

políticas bipartidistas, abogaba por una imagen "ideal" y colectiva de la nación, a través de una devoción (o indiferencia) hacia ciertos héroes y batallas memorables de la Independencia y la formación de la República⁹. El Estado, durante este periodo, jugó un papel fundamental al ser el encargado de planificar una estructura y un sentido único al pasado nacional, por medio de la creación de la ACH, la cual por otra parte, debía asesorar y colaborar con otras instituciones como la Biblioteca Nacional, el Archivo General de la Nación y el Museo Nacional¹⁰. Betancourt advierte que la creación de la Academia sucede a través de una suerte de condiciones políticas y sociales, las cuales impulsan al Estado a consolidar una institución que trabaje por la conservación y la divulgación de los hechos significativos del pasado, con el fin de crear una historia funcional en términos sociales y políticos siendo un "recurso simbólico para establecer la continuidad y la autenticidad de una sociedad"¹¹, capaz de unificar a la nación por medio de una memoria colectiva común. De esta manera, la historia, institucionalizada bajo estos propósitos, pasa a ser un instrumento pragmático del poder político¹².

Igualmente, a través del estudio de los manuales de historia en la primera mitad del siglo XX, Juan Esteban Lewin propone que la historiografía académica no sufrió transformaciones importantes durante dicho siglo, debido al uso político que se le daba a la historia como instrumento capaz de moldear la memoria colectiva del país¹³. Por otra parte, Lewin percibe en todos los contenidos de las obras y manuales de historia de la época una suerte de eventos debidamente ordenados cronológicamente, los cuales poseían un grado muy bajo de análisis, y que más bien constituían una lógica interna que se acercaba más a las narraciones literarias, que al conocimiento científico del pasado. Dichas narraciones constituyen la base del fortalecimiento de un sentimiento nacional y de una posterior adscripción a un partido o ideología política que los niños desarrollan en el futuro, por medio del aprendizaje de una serie de acontecimientos históricos que han marcado el devenir de la nación, y que determinan, en pocas palabras, el ser colombiano.

⁹ Comparar, Betancourt, Alexander, "Los revisionismos históricos: el momento de los años treinta". En: *Historia y nación*. La Carreta Editores. Medellín: 2007. P. 85

¹⁰ Comparar, Betancourt, Alexander, "Institucionalizar el pasado nacional". En: *Historia y nación*. P. 46

¹¹ Ver, Betancourt, Alexander, "Los revisionismos históricos: el momento de los años treinta". P. 88.

¹² Comparar, Betancourt, Alexander, "Los revisionismos históricos: el momento de los años treinta". P. 88.

¹³ Comparar, Lewin, Juan Esteban, *La inmovilidad de los textos. La historia colombiana en los manuales escolares de la primera mitad del siglo XX*. Universidad de los Andes. Departamento de historia. Bogotá: 2005. P. 11.

Estas descripciones generales que ofrece la historiografía contemporánea sobre el periodo de la "historia académica" nos dan una idea muy general sobre el ejercicio y la labor historiográfica a través de la ACH durante el siglo XX, principalmente desde el año de su creación hasta la década del sesenta; momento de "ruptura" entre esta etapa historiográfica y la llamada "Nueva historia", la cual abogaba por una historia más analítica y menos literaria; más global y científica y menos provincial y sentimental. Incluso, pretendía darle campo a otras líneas temáticas descuidadas por la historiografía académica, tales como la historia económica, la historia social y la historia de las mentalidades¹⁴.

Todo lo explicado anteriormente, responde a ciertos intentos por comprender y analizar las diferentes tendencias historiográficas que han surgido en Colombia a través del tiempo, y que han dado como resultado la clasificación tentativa de dichas corrientes dentro de rígidos marcos temporales (la "historia académica", la "Nueva historia", etc.). Como resultado, se obtienen una serie de "esquemas historiográficos"¹⁵, divididos y sistematizados en periodos y cronologías, que permiten a los historiadores rastrear con mayor facilidad las continuidades y los cambios en la manera como se han comprendido y materializado los sucesos ocurridos en el pasado.

No obstante, aquí emerge un problema trascendental, el cual radica en desconocer las dinámicas y las contradicciones internas de cada momento historiográfico, en nuestro caso particular, el de la historia académica. De hecho, estas visiones de la historiografía contemporánea hacen pensar que hay una homogeneidad latente en la manera de concebir y escribir la historia del país, dado que se sobrecogió bajo una única manera teórica y metodológica de hacerla, a partir de una fuerte influencia ideológica proveniente del historicismo alemán, cuyo ideal epistemológico era el de alcanzar un conocimiento objetivo de la realidad del pasado¹⁶. Resulta sospechoso, por tanto, pensar que a través de sesenta años, con todas las transformaciones que sucedieron en el país en los campos político, económico, social y

¹⁴ Sobre la "Nueva historia" ver: Betancourt, Alexander, "Los momentos de los años sesenta" y "La historia profesional: los esfuerzos fundadores y los historiadores famosos" En: *Historia y nación*. La Carreta Editores. Medellín: 2007. Colmenares, Germán, *Ensayos sobre historiografía*. Tercer mundo editores. Bogotá: 1997. Leal Buitrago, Francisco. *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*. Ediciones Uniandes. Bogotá: 2000.

¹⁵ Ver, Betancourt, Alexander, *Historia y nación*. Óp. cit. Jaramillo Uribe, Jaime, *Tendencias científicas y frecuencias temáticas del pensamiento histórico latinoamericano*.

¹⁶ Comparar, Betancourt, Alexander, "Institucionalizar el pasado nacional". P. 56.

sobre todo intelectual, la historiografía no haya tenido momentos de cambio y dinamismo al interior de los contenidos de sus obras.

En segundo término, se muestra una visión muy reducida del ambiente intelectual al interior de la Academia y las instituciones culturales que divulgaban los hechos del pasado; ¿será que los miembros de la ACH tenían discusiones y debates en torno a la manera correcta de concebir y escribir la historia? ¿Qué sucedía con las redes de sociabilidad académica? ¿Existían? ¿Influían en las líneas temáticas de la historiografía producida en la Academia?

Por último, se concibe, a través de estas interpretaciones que explican la historia académica, que la Academia fue una institución aislada de la sociedad en general, de la comunidad intelectual y de las instituciones políticas de la primera mitad del siglo XX. Es decir, se considera como un organismo ensimismado en sus objetivos, en sus prácticas y en sus discursos sobre la historia nacional, lo cual hace que no esté en contacto con las dinámicas de la sociedad civil e intelectual de la época. Lo anterior, por tanto, no le permitió a la Academia y a sus miembros renovar su propia historiografía. Es contradictorio, de hecho, pensar que una institución creada por el Estado y con una finalidad unívocamente social resulte siendo una comunidad enclaustrada y ajena a las transformaciones sociales, a la recepción y discusión de ideas y a los espacios de encuentro entre ideologías políticas de su tiempo. Incluso, ni siquiera se contempla un marco de heterogeneidad en los sujetos que escribían la historia dado que, a pesar de haber vivido en un tiempo y en un espacio compartido, la negación de una posición política y social de la Academia hace que sus visiones particulares y disímiles en torno a la manera de interpretar y de escribir la historia del país sean invisibles.

De esta manera, este trabajo pretende mostrar que al interior de la Academia Colombiana de Historia, y durante el periodo de la historia académica, hubo una serie de intentos notables por escribir la historia del país alejados de la "rutinaria" o tradicional manera de concebir las interpretaciones sobre el pasado nacional. De lo anterior, se deriva que la historiografía, durante dicho momento historiográfico no puede ser concebida como homogénea, uniforme y repetitiva, tal como lo ha propuesto la misma historiografía colombiana.

Esta propuesta se desarrollará en torno a la recopilación y análisis de la obra del abogado, historiador y miembro de la ACH Enrique Otero D'Costa (1883-1964), autor

de varias obras de contenido histórico durante las tres primeras décadas del siglo XX, tales como: *Dianas tristes* (1905), *Guía de Cartagena* (1912), *El Licenciado Jiménez de Quesada* (1918), *La bandera nacional*, *Vida del Almirante José Padilla* (1921), *Cronicón solariego* (1922), *Don Gonzalo Jiménez de Quesada* (1932), y *Montañas de Santander* (1932). Nacido en Bucaramanga, la vida de Otero transcurrió entre el mundo rural y el urbano durante sus primeras décadas de vida; lugares que indudablemente, y como se verá más adelante, lo llenaron de experiencias que luego retratará en sus obras. También fue conocido por su trayectoria política, a través de algunos cargos públicos que ocupó desde la segunda década del siglo pasado hasta mediados de los años cincuenta, logrados en colaboración con el Partido Liberal colombiano.

A lo largo de este trabajo, no sólo se abordará aisladamente su producción historiográfica; se realizará una articulación de sus vivencias en el mundo de la política y en el campo intelectual de su época, y trataremos de ver hasta qué punto dichas vivencias influyeron en la concepción de una manera diferente de escribir y comprender la historia. De este modo, esta investigación se concibe como un breve ejercicio de historia intelectual, dividido en dos partes.

En un primer momento se planteará la necesidad de saber quién era éste personaje, tomando elementos puntuales que permitan rastrear sus afinidades con un partido político determinado, sus impresiones sobre el pertenecer a una nación y las trayectorias que lo llevaron a consolidarse al interior del campo intelectual. Lo anterior se hace con el fin de familiarizarse y conocer, por un lado, el lugar de Otero como miembro inmerso dentro de una sociedad en constante cambio, y consciente de tener una historia en común con los demás y, por el otro, de reconstruir sus experiencias académicas, las cuales lo llevaron a gestar, paulatinamente, sus escritos sobre la historia nacional. Por tanto, se propone estudiar la función de Otero al interior de la Academia, rastreando sus campos de acción, es decir, se indagarán por los roles que desempeñó al interior de la institución, los cargos que ejercía como miembro de ella y las redes de sociabilidad académica que permitieron su inclusión y su aceptación al interior de la misma. También se explicará cuál fue el impacto del contexto de la época sobre la vida de Otero, determinando las impresiones que tenía él sobre los cambios y continuidades en la vida política, económica y social de la nación

En segundo término, se estudiará la producción historiográfica de éste autor, tratando de identificar el uso de algunos conceptos, actores o situaciones que permitan rastrear los cambios en las descripciones que se hacían del pasado a través de su producción intelectual. Este punto es clave, puesto que define las diferencias entre los relatos historiográficos creados por Otero con las versiones de la historiografía de la Academia, a través de la exploración y la reconstrucción de sus ideas, sus representaciones sobre la historia y su función en la sociedad como eje para la construcción de nación.

Finalmente, es preciso aclarar que a lo largo de este trabajo no se discutirá sobre la función de la historia en Colombia durante esta época, dado que se comparte la postura de la historiografía contemporánea de que los relatos históricos son instrumentos políticos que ayudan a moralizar a los ciudadanos, intentando construir una identidad a través del conocimiento del pasado. Nos concentraremos, en cambio, en ver cómo los intelectuales (en este caso particular, Otero D'Costa) accedían y concebían a ese pasado nacional; a las maneras de escribir historia, las cuales, algunas veces, debían salir de los moldes tradicionales impuestos por instituciones (como la ACH) para llegar al conocimiento de nuevas realidades y actores del pasado.

Ejes teóricos

A pesar de que esta investigación cuestiona -de cierta manera- la práctica de encasillar dentro de rígidas etapas historiográficas una serie de relatos, es necesario establecer un vínculo entre este trabajo con una corriente historiográfica específica. Esto con el propósito de familiarizarse con una serie de categorías y de marcos de interpretación, que ayuden a desentrañar con mayor profundidad los elementos claves para resolver la problemática aquí planteada. Si no hubiese tal vínculo, ¿cómo se podrían describir y reconstruir estas cuestiones del pasado? De dicha necesidad, este proyecto se construirá en base a las propuestas que maneja la "historia intelectual" expuesta magistralmente por François Dosse, la cual tiene como objeto "hacer que se expresen al mismo tiempo las obras, sus autores y el contexto que las ha visto nacer, de

una manera que rechaza la alternativa empobrecedora entre la lectura interna de las obras y una aproximación externa que priorice únicamente las redes de sociabilidad"¹⁷.

La idea por la que aboga la historia intelectual al estudio de la historiografía académica, sirve de plataforma para desarrollar la cuestión principal de este estudio, a saber, discutir la noción infundida por la historiografía colombiana de que la Academia Colombiana de Historia se considera como el pilar de la homogeneidad historiográfica, negando la agencia -y hasta la misma historicidad- de los individuos que interpretaban los hechos del pasado. De esta problemática tan amplia, emerge una cuestión en particular: ¿Cuál es el punto o "lugar en común" en el que se unen la historiografía, la política y la intelectualidad? La propuesta de esta investigación, con el fin de resolver lo anterior, hace referencia a la necesidad que tuvieron los proyectos políticos por construir y consolidar una nación, a través del uso de la historia como instrumento "pragmático del poder"¹⁸.

Tal como lo había mencionado Alexander Betancourt, la reconstrucción de los hechos históricos más relevantes del país ha servido como plataforma para legitimar los diferentes proyectos políticos a través del tiempo¹⁹. Teniendo en cuenta lo anterior, se pensaba que se podría construir una nación mejor, con una sola "identidad colombiana", la cual reconocería que el país tomara las vías del progreso y del desarrollo. Bajo esta idea, la fundación de la ACH marcó el inicio de una práctica común para los historiadores de la época, a saber, el de conservar las huellas dejadas por los héroes y los hombres ilustres de la patria, con el fin de llegar a tener un conocimiento completo de los sucesos acaecidos en el pasado.

Este compromiso realizado por los intelectuales de la Academia, entre ellos Enrique Otero, tenía como fin transformar y mejorar el país, a través del conocimiento de un pasado en común. De esta manera, el vínculo que une a este grupo social con la práctica de la historia y el ejercicio de la política es la necesidad por construir una nación desarrollada, económicamente estable y con individuos capaces de reconocerse a sí mismos como producto de una suerte de devenires y de acontecimientos históricos, que han forjado paulatinamente sus propias conciencias. Por consiguiente, se pensaba

¹⁷ Ver, Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales. Historia intelectual*. Universitat de Valencia. 2007. P. 14.

¹⁸ Betancourt, Alexander, *Historia y nación*. Medellín: La Carreta Editores. 2007. P. 25.

¹⁹ Comparar, Betancourt, Alexander, "Institucionalización del pasado nacional" En: *Historia y nación*. Medellín: La Carreta Editores. 2007. P. 20.

que homogenizar las estructuras mentales de los colombianos serviría de plataforma para mejorar el país, más allá de las divisiones sociales de la época.

Igualmente, la historia intelectual concibe a los mismos intelectuales como integrantes de un grupo social comprometido al interior de las luchas ideológicas y políticas propias de su tiempo. Dependen de instituciones políticas, religiosas y culturales para lograr éste propósito y obtener visibilidad. No son autónomos, como suele pensarse, sino que son tributarios de organismos o centros de poder, tales como los partidos políticos, los clubes, las universidades, entre otros, con excepción, claramente, de aquellos intelectuales disidentes posteriores a la década del sesenta del siglo pasado en Colombia, los cuales, revestidos de una individualidad y conciencia sobre su propio conocimiento, deciden alejarse del campo institucional para luchar en otros escenarios. Sin embargo, la vida y obra de Otero girará en torno al mundo intelectual apoyado por las vías oficiales e instituciones, políticas y culturales, de su época, tal como se verá más adelante en este trabajo.

Otra base fundamental para comprender esta propuesta, girará en torno a la condición histórica del intelectual, de la cual Dosse se refiere en estos términos:

Es de la historia misma donde surgen los intelectuales, más que de las coacciones sociales o de la simple voluntad personal: "Producto de sociedades desgarradas, el intelectual da testimonio de ellas, porque ha interiorizado su desgarramiento. Por lo tanto, es un producto histórico. En este sentido ninguna sociedad puede quejarse de sus intelectuales sin acusarse a sí misma, pues sólo tiene a los que ha hecho"²⁰.

Los intelectuales son producto de su propia época y de la sociedad en la que viven. Es impensable imaginar a un intelectual aislado y ensimismado en sus reflexiones, al igual que una sociedad carente de una *sapientia*, guardiana de todos los conocimientos y tradiciones intelectuales de la misma. Esta afirmación será fundamental para comprender no sólo la vida política e intelectual de Otero, sino que nos permitirá indagar con mayor profundidad por su obra historiográfica, la cual también es producto de una suerte de condiciones espaciales y temporales definidas.

Por esta vía, Gilberto Loaiza Cano asegura, bajo el marco de su propia concepción sobre historia intelectual, que los intelectuales son los productores y consumidores de un conjunto de símbolos, ideas, valores e imaginarios creados bajo la

²⁰ Ver, Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales. Historia intelectual*. P. 81.

tutela de una época y una sociedad específica, en donde ellos han ocupado un lugar como mediadores en las sociedades de hace más de tres siglos²¹. Asimismo, la historia intelectual se concentrará en estudiar el mundo de las élites; "grupos de individuos sociohistóricamente diferenciados, distinguidos para cumplir funciones netamente intelectuales"²². La historia intelectual, en este caso, se ligará a la historia política, a la vida pública y al ejercicio del poder, según Loaiza, dado que la constante historiográfica en los últimos años gira en torno a que las élites son las encargadas de tomar las riendas y los destinos de las instituciones políticas en el país durante los últimos siglos.

Igualmente, Loaiza aboga por una historia intelectual que ayude a definir "categorías y funciones históricas de los intelectuales, sus rasgos de distinción, la institucionalización de sus prácticas, los usos históricos de determinadas ideas, los cambios en las relaciones con un público, los niveles y conflictos relacionados con tentativas de secularización, el lugar político preponderante de ciertas funciones y creaciones intelectuales en desmedro de otras"²³. Al igual que ocurre con la historia intelectual de Dosse, esta propuesta pretende abarcar grandes objetos de investigación histórica en pro, quizás, de realizar una historia de las ideas más completa y universal, de la cual se pueda partir de varios ejes de análisis en el desarrollo del discurso historiográfico.

Por su parte, Fernando Uricoechea concibe a los intelectuales latinoamericanos como guardianes de una tradición política arraigada en los valores nacionales decimonónicos y en sus instituciones, la cual buscaba "definir un sistema nacional de valores y una idea de nación, hasta entonces incipiente en términos prácticos"²⁴. A diferencia de la intelectualidad europea, la *intelligentsia* de la región no desarrolló una tradición proveniente de grandes movimientos intelectuales, tales como la Ilustración. De ahí la necesidad por hallar una identidad como clase a través de su vinculación en los proyectos políticos del estado y no como críticos de las élites políticas. En este sentido, las "vivencias históricas son fundamentalmente más 'políticas' que nacionales. [...] O para decirlo de otra forma, nuestra cultura tiende a reproducir más una ideología

²¹ Comparar, Loaiza Cano, Gilberto, "Entre la historia intelectual y cultural". P. 347.

²² Ver, Loaiza Cano, Gilberto, "Entre la historia intelectual y cultural". P. 348.

²³ Ver, Loaiza Cano, Gilberto, "Entre la historia intelectual y cultural". P. 350.

²⁴ Ver, Uricoechea, Fernando, "Los intelectuales colombianos". En: *Los intelectuales y la política*. Fica. Bogotá: 2003. P. 128.

que una tradición”²⁵. Igualmente, el intelectual fue reconocido más por sus labores administrativas y públicas, que por su producción intelectual. De ahí la existencia de numerosos presidentes, ministros y embajadores que son reconocidos más en el ámbito político que por su formación intelectual. Más adelante, veremos cómo la vida pública de Otero se liga profundamente con este universo político.

De hecho, la intelectualidad se revistió de una suerte de valores políticos y religiosos que los alejaron de la denominada “cuestión social” y, por tanto, de la historia que se podía contar de ellos. Claramente, hubo una excepción en el siglo XX y fue durante la República Liberal de las décadas del treinta y cuarenta, momento de consolidación política e intelectual de Otero, en donde hubo una emergencia por acercarse a los sectores populares y su historia, como parte de una política que mitigara la agitación y la inconformidad de estas clases frente a las élites dirigentes.

El lugar en común entre la política, la intelectualidad y la historia se refuerza bajo la idea de que el intelectual no solo es el guardián de una suerte de ideas, conocimientos o tradiciones, sino que es el mediador entre dicho universo cultural y la sociedad en la que vive. La selección de sus obras, por tanto, permitirá rastrear con mayor profundidad ese punto de encuentro entre un espacio que produce ideas y otro que las consume²⁶, la cual, por otra parte, aportará valiosas reflexiones en torno al análisis "sociológico" de la historiografía de Otero.

Finalmente, nuestro marco interpretativo concluye con las ideas sobre historia intelectual de Miguel Ángel Urrego, las cuales giran en torno a la figura del intelectual como "conciencia de su época"²⁷, es decir, como un sujeto que pertenece activamente en las reflexiones políticas de las sociedades modernas, y cuya "especificidad histórica", según el autor, hace pensar que "no todas las épocas han tenido el mismo tipo dominante de intelectual"²⁸, en el que cambian los oficios y las maneras de ver y crear las ideas y las tradiciones. De hecho, para Urrego los trabajos sobre historia intelectual se han orientado en la situación social y política del saber de los intelectuales a través de una suerte de relaciones con el poder. De lo anterior se deduce que "la caracterización

²⁵ Ver, Uricoechea, Fernando, “Los intelectuales colombianos”. P. 132.

²⁶ Comparar, Gómez García, Juan Guillermo, *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX*. Medellín: Universidad de Medellín, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2011. P. 10.

²⁷ Ver, Urrego, Miguel Ángel, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia*. Universidad Central. Bogotá: 2002 P. 11.

²⁸ Ver, Urrego, Miguel Ángel, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia*. P. 11.

del intelectual predominante en una época histórica determinada permitiría explicar las tensas relaciones entre cultura y política"²⁹.

Ligado con el lugar en común entre los ejes políticos, sociales e intelectuales, Urrego aboga por una labor primordial del intelectual en la nación: la del "legítimo legitimador", es decir, aquel capaz de mantener y perfeccionar el orden social a través de su erudición. De ahí su estrecha relación con el poder y la política en función de las necesidades del Estado, con el propósito de establecer instituciones de divulgación histórica y cultural, que permitan la apertura de estudios que contribuyan a "la creación de símbolos de la nación, a la redacción de discursos y análisis (históricos, sociológicos y económicos), a la difusión de determinadas ideologías y, en fin, a aquello que reproduce el orden social y político"³⁰.

En pocas palabras, "la intelectualidad de la primera mitad del siglo XX giró en torno a las necesidades, posibilidades y contradicciones de los partidos políticos, el conservador y el liberal, y más exactamente a los proyectos de la Hegemonía Conservadora y la República Liberal"³¹. De acuerdo a los cambios en los regímenes durante este periodo, se puede concebir a un intelectual cambiante y dinámico, el cual se debe acoplar en función de los proyectos políticos hegemónicos y de las relaciones de poder entre el campo político y el intelectual. A lo largo de esta investigación, veremos que estas transformaciones marcaron profundamente la obra historiográfica de Otero y el contenido y la forma de la misma.

Aspectos metodológicos

Para rastrear los elementos que permitan identificar la trayectoria política e intelectual de Enrique Otero se utilizarán fuentes primarias tales como correspondencia, memorias, cartas y archivos personales hallados -afortunadamente- en una extensa y valiosa colección de dicho personaje, en donde también se hallan libros, panfletos, fuentes coloniales, entre otros documentos. La colección esta incluida en el fondo Academia Colombiana de Historia del Archivo General de la Nación, y será el pilar

²⁹ Ver, Urrego, Miguel Ángel, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia*. P. 12.

³⁰ Ver, Urrego, Miguel Ángel, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia*. Pp. 14-15.

³¹ Ver, Urrego, Miguel Ángel, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia*. P. 35.

documental de esta investigación. Los documentos empleados en este trabajo contienen información que nos permitirá identificar rasgos, ideas y representaciones particulares frente a la pertenencia hacia una o varias instituciones de divulgación histórica, así como a la inclusión dentro de las dinámicas políticas y partidistas de su tiempo.

Por otro lado, se tomarán fuentes secundarias y trabajos clásicos de la historiografía colombiana contemporánea, los cuales permitan hacer una reconstrucción del contexto general de la época. Estos estudios, los cuales vislumbran y analizan los fenómenos más relevantes de esta década, servirán como guías, con el fin de ubicar a Enrique Otero dentro de una sociedad colombiana, la cual estaba dividida política y psicológicamente por los dos partidos políticos tradicionales (liberal y conservador); una sociedad colombiana en constante crecimiento debido a la incipiente industrialización de la misma y afectada por las nuevas políticas sociales y culturales de la República Liberal³². La idea de juntar estos dos aspectos metodológicos es realizar una pequeña prosopografía de Otero, la cual ayudará a satisfacer el objetivo de ubicar históricamente al personaje central del trabajo y su obra.

Por último, en el segundo capítulo de este estudio se abordarán algunas de las obras historiográficas de Otero con el fin de analizarlas y hallar ese punto de quiebre entre la historiografía oficial de la época y el nuevo giro narrativo e interpretativo que buscó el autor. Puntualmente se trabajará con el *Cronicón solariego* (1922), *Montañas de Santander* (1932), *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas* (1934) y los *Cuentos*, dado que son los textos con mayor cantidad de ediciones y que abarcan un contenido más afín a las pretensiones argumentativas de este trabajo. Se tomarán partes puntuales de las obras, en donde se evidencian cambios interesantes en la manera de comprender la historia, a través de la narración de hechos que nunca antes se habían pensado ni contado en la historiografía oficial de Colombia en los años anteriores.

Finalmente, cabe resaltar los propósitos que justifican esta investigación. En primer lugar, es pertinente aclarar que este estudio se suma a los esfuerzos de algunos historiadores y revisionistas nacionales e internacionales por comprender las continuidades y las transiciones en la escritura de la historia en Colombia. De dichos esfuerzos, los cuales han sido muy valiosos, se han generado los llamados "esquemas

³² Ver, Silva, Renán, *República liberal, intelectuales y cultura popular*. La Carreta Histórica. Medellín: 2005.

historiográficos" de los que se habló anteriormente y los que, a mi parecer, son demasiado globales y homogéneos. Por consiguiente, este trabajo nace como una propuesta complementaria y crítica, a su vez, de estos trabajos, la cual intenta revelar el dinamismo interno de cada periodo historiográfico, de sus instituciones y de sus actores, los cuales hicieron posible la consolidación de una historiografía propia nacional, la cual, hoy por hoy, sigue siendo una referencia para los investigadores y habitantes de este país, a través de los libros y manuales que hoy en día algunos -no todos, infortunadamente- conocemos.

Por otra parte, surge de la necesidad de reflexionar un poco más en torno a cómo se ha pensado la historia a través del tiempo. Se trata, en pocas palabras, de ver las transformaciones que ha tenido las percepciones en torno a esta disciplina y la manera como se ha reconstruido y narrado los acontecimientos y procesos del pasado. De este modo, la reflexión es una invitación a pensar que antes de que se profesionalizara y se institucionalizaran los estudios históricos en el país, la historia había sido entendida de diferentes maneras y no bajo una única idea general, lo que permite suponer que no estaba condenada a un ostracismo perpetuo, sino, por el contrario, era dinámica.

Por último, lo interesante de rastrear este dinamismo en la historiografía colombiana, desde antes del fenómeno de la profesionalización, hace referencia a encontrar las diferencias entre las narraciones y explicaciones de los sucesos del pasado, en donde, a simple vista, parece que no las hay. En pocas palabras, este trabajo es un intento por leer de manera más detenida un conjunto de narraciones que parecen seguir un mismo patrón de escritura, pero que, al final, terminan siendo relatos diferentes, no solo por el uso de incipientes modelos de construcción narrativa de la historia, sino también por las vicisitudes contextuales y la historicidad de los sujetos que las crean.

Enrique Otero D'Costa: Experiencias cotidianas, políticas e intelectuales

En Bucaramanga, capital del departamento de Santander, nace el 25 de enero del año 1883 Enrique Otero D'Costa. Recuerda profundamente, a través de su libro *Montañas de Santander*, que "[su] niñez burbujeó bajo el cielo apacible de los campos"³³, hasta bien entrada su adolescencia, donde ingresó al Colegio de San Pedro Claver y más adelante al Colegio de Soto para realizar sus estudios de secundaria. En la vivienda de Otero se percibía un "aire de cultura urbana, donde se formó el espíritu universitario de sus hermanos; pero su alma tendía hacia la montaña y hacia el campo, para captar en ellos los sentimientos y las trovas de edades legendarias"³⁴. Su infancia y juventud transcurrieron entre el mundo rural y el urbano que ofrecía la ciudad de Bucaramanga de finales del siglo XIX y sus alrededores, la cual iba a determinar los contenidos, la intención y la esencia misma de su obra historiográfica en su madurez intelectual así como su trayectoria política años más adelante.

1899 sería un año trascendental en la vida de un joven Otero con apenas dieciséis años de edad. Enlistado en las filas del ejército liberal de su región, participó como soldado en la Guerra de los Mil Días. Dicho conflicto evidenció "las dificultades que la realidad social y geográfica oponía al modelo de sociedad nacional integrada, impuesto por la Regeneración"³⁵, lo que desencadenó en un conjunto de grandes repercusiones en la vida política, económica y social de todas las regiones ubicadas en los cuatro puntos cardinales de Colombia, vislumbrados desde la posterior pérdida del istmo de Panamá, hasta un desgaste en la confianza hacia el gobierno central del país por parte de las regiones, e incluso una nueva reconfiguración del mapa político colombiano. Su servicio duró los tres años de la pugna (1899-1902), para luego regresar a su hogar en Bucaramanga donde se desempeñó como administrador de la hacienda cafetera de San Pablo, en el municipio de Rionegro, hasta septiembre de 1904³⁶.

³³ Ver, Otero D'Costa, Enrique, *Montañas de Santander*. Bucaramanga: Imprenta del Departamento. 1932. P. 1.

³⁴ Ver, Otero Muñoz, Gustavo, "Prólogo". En: Otero D'Costa, Enrique, *Montañas de Santander*. P. II.

³⁵ Ver, González, Fernán, "La Guerra de los Mil Días". En: *Las guerras civiles desde 1830 y su proyección en el siglo XX*. Museo Nacional de Colombia. Bogotá: 2001. P. 149.

³⁶ Ver, *Enrique Otero D'Costa*. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 8, Carpeta 17. Folio 47.

Tiempo más tarde, ya adulto, viajó a Bogotá con el fin de alcanzar su doctorado en derecho en la Universidad Nacional. Luego de algunos años viviendo en la capital del país y de obtener su título, se desempeñó como gerente de la Empresa del Ferrocarril de Cartagena Calamar hasta 1916. En esa misma ciudad, fue nombrado apoderado general en Colombia de la casa extranjera *The Colombia Railway and Navegation*³⁷, hasta el año 1923, momento en el cual fue nombrado Tesorero municipal de la capital; primer cargo administrativo y político de su vida.

Su nombramiento en este puesto marcó el inicio de su vida pública y causó, al parecer, una noticia destacada en su época, puesto que diarios como *El Espectador*, el *Nuevo Tiempo* y *La República* dedicaron sendas descripciones biográficas de un Otero a punto de cumplir cuarenta un años y en paulatino ascenso político, debido a sus habilidades como administrador y como profesional en el campo del derecho³⁸. En dichas columnas periodísticas, además, destacaban su trayectoria laboral y comercial hasta la fecha; sus participaciones activas en los Consejos Municipales de Cartagena y Manizales, su nombramiento como edil en la ciudad de Barranquilla y, no menos importante, sus pasos como intelectual interesado en los estudios históricos, destacándose principalmente su destreza en la escritura. Frente a dicha habilidad cuentan que, "a pesar de lo joven está ya muy bien cortada en los modelos castizos, y la deja correr por costumbre no sobre temas de mero ruido, sino sobre especulaciones históricas, donde admira la cordura del juicio crítico y la sabiduría del investigador"³⁹. También se destacó su nombramiento como miembro de la Academia de Historia de Bogotá, de Cartagena y de Barranquilla, sin olvidar su participación en la creación de numerosas sociedades de investigación histórica, y en la dirección de revistas tales como *Ecos*, *La Juventud* -editadas en su ciudad natal, el *Boletín de Historia* y *Antigüedades* de la ACH y del Archivo Historial de Manizales⁴⁰.

³⁷ Ver, *Recorte de prensa, 1923*. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 11, carpeta 28. Rollo 5. Folio 25.

³⁸ Dichas descripciones se encuentran en: "El nuevo tesorero de Bogotá". En: *El Espectador*. Nov. 14, 1923. "Enrique Otero D'Costa". En: *El Nuevo Tiempo*. Nov. 14, 1923. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 11. Carpeta 27. Rollo 5.

³⁹ Ver, "Enrique Otero D'Costa". En: *El Nuevo Tiempo*. Nov. 14, 1923.

⁴⁰ Comparar, *Recorte de prensa (sin fecha)*. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 11, carpeta 28. Rollo 5. Folios 24-25.

Y esto sólo fue el inicio; su trayectoria intelectual y política iba a seguir en progreso durante las décadas del treinta y del cuarenta, coincidiendo con la denominada República Liberal, régimen bajo el cual Otero tendrá mayor visibilidad pública como miembro activo del Partido Liberal Colombiano. Entre sus logros más destacados se incluye su nombramiento como vocero en la elección de Eduardo Santos como candidato a la presidencia de la República en 1937; también como aspirante a la dirección de la Unión Liberal en el año 1941 y, aún más importante, su elección como presidente de la Cámara de Representantes ese mismo año⁴¹. Durante su campaña, Otero contó con el apoyo del Comité Liberal Obrero, los cuales veían en él "una garantía para el Gobierno en la próxima Cámara y porque su nombre no es, ni ha sido ni será insignia de traición, móvil de discordia o instrumento de afanes ambiciosos"⁴². Según el Comité, la plancha de Otero representaba la unificación de todos los ideales liberales, dispersados en diferentes facciones durante los últimos años, y cuyo propósito era borrar todos los "personalismos" o sectarismos que debilitaban internamente al Partido. Al final, Otero logró el cargo, desconociéndose si sus actos como presidente de la Cámara cumplieron con las expectativas de los obreros. Lo significativo de esta parte de la vida de nuestro personaje es saber que contó, en medio de un contexto político populista, con el apoyo de algunos sectores medios y bajos de la sociedad. Los mismos que iban a tener un papel protagónico en sus relatos históricos.

Su vida intelectual durante dichas décadas iba a girar en torno a las numerosas publicaciones de libros y artículos en revistas y periódicos de actualidad. *Montañas de Santander* (1930), *El Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada* (1930), *Comentarios Críticos sobre la fundación de Cartagena de Indias* (1933) y las *Historietas: Tradiciones coloniales* (1932), emergen en esta época en la que Otero experimenta con las biografías, la historia colonial y una nueva manera de hacer historia, la cual Alexander Betancourt ha denominado el "Liberalismo conservador"⁴³. Dicha corriente historiográfica, explicada a través de la frase "todo tiempo pasado fue mejor", pretende

⁴¹ Comparar, *Carta de Joaquín Reyes a Enrique Otero*. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Manifiestos impresos. Dirección liberal. Caja 22, carpeta 64. Rollo 11. Folio 6.

⁴² Ver, "EL COMITE LIBERAL OBRERO Acoge la Plancha de Otero D'Costa". *Vanguardia Liberal*. 1941. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Manifiestos impresos. Dirección liberal. Caja 22, carpeta 64. Rollo 11. Folio 206.

⁴³ Ver, Betancourt, Alexander, "Los revisionismos históricos: el momento de los años 30". En: *Historia y nación*. La Carreta Editores. Medellín: 2007. P. 93.

contagiar al lector con escenas sosegadas de la vida rural alejada de los intempestivos cambios que ofrecen las ciudades y el crecimiento de las mismas. Ese anhelo hacia un pasado lejano, casi prístino y pastoril, influenciará algunas de las obras de Otero y le permitirá acercarse, con mayor profundidad, a la condición psicológica de los personajes de la vida popular, protagonistas centrales en sus trabajos sobre historia nacional, tal como se verá en el siguiente capítulo de esta investigación.

Además de trabajar en sus libros, Otero escribió algunos artículos y estudios sobre historia publicados en revistas y periódicos, tales como el *Boletín de Historia y Antigüedades* de la ACH de Bogotá; el *Archivo Historial* de Manizales, *Estudio y La Juventud* de Bucaramanga; la *Revista de Estudios Históricos* de Pasto; la *Revista de Indias* y el *Registro Municipal* de la ciudad de Quito; y, finalmente, en revistas de actualidad como *Cromos* y *El Gráfico*⁴⁴. Incluso escribió para periódicos de la época como *El Tiempo*. Existe una petición exclusiva por parte del director de dicho diario para que Otero publique, desde el año 1939 en adelante, artículos semanales sobre temas de interés político, literario, histórico, económico o social, y que se publicarían en la quinta columna de una nueva "página editorial con firmas de escritores colombianos de nombradía"⁴⁵.

Igualmente, la trayectoria intelectual de Otero, a lo largo de estas décadas, supo extenderse con la construcción y consolidación de redes académicas con instituciones de difusión cultural e histórica a nivel nacional e internacional. Puntualmente, se rescata su vinculación no sólo con la ACH en Bogotá (de la cual fue nombrado presidente en 1939), sino también con la Academia de Historia de Santander y con la de Cartagena; su constante intercambio de correos con la Sociedad Colombiana de Lingüística Aborigen⁴⁶, con el Instituto Caro y Cuervo, con la Biblioteca Nacional de Colombia (en donde colaboró con algunos intelectuales en la fundación de la revista *Senderos* en 1934), y con la Universidad del Cauca y su Instituto Etnológico. Fuera del país, Otero sería reconocido como miembro de algunas instituciones académicas, debido a su fuerte

⁴⁴ Comparar, *Enrique Otero D'Costa*. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 8, Carpeta 17. Folio 48.

⁴⁵ Ver, *Carta de El Tiempo a Otero de 2 oct. 1939*. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 18-20, Carpeta 48-57. Rollo 9.

⁴⁶ Comparar, *Comunicado de la Sociedad Colombiana de Lingüística Aborigen dirigido a Otero de 17 de noviembre de 1943*. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 28, Carpeta 79. Folio 8.

interés por la divulgación histórica del pasado latinoamericano, tales como la Sociedad Mexicana de Geografía y estadística, el Ateneo de Ciencias y Artes y la Biblioteca Ibero-Americana ambas en México; la Universidad Católica Bolivariana y la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala⁴⁷.

Su vida en estas décadas y en los años posteriores a ellas son tranquilos, en los que se dedica simplemente a escribir artículos sobre historia y a mantener sus redes académicas intercambiando libros y correspondencia con intelectuales nacionales y extranjeros. Muchos de ellos se acercan a él, a través de sus cartas, para pedirle una lectura sincera y crítica sobre sus trabajos sobre historia. En este momento, es cuando él recibe más historiografía proveniente del extranjero, de la *British Legation* y de la Universidad de Harvard. También se dedica a opinar sobre la política de la época al seguir vinculado a la prensa, motivo por el cual continuó tomando posición sobre sucesos tales como el fraccionamiento político de Liberalismo de comienzos del cincuenta, los conflictos y las masacres bipartidistas regionales posteriores al Bogotazo, la dictadura militar del General Gustavo Rojas Pinilla, entre otras coyunturas políticas. Finalmente, y después de tanta idas y venidas en la política colombiana y en el mundo intelectual de su época, Enrique Otero D'Costa fallece en Bogotá el 25 de agosto de 1964, a la edad de ochenta y un años.

La historiografía colombiana no ha sido muy contemplativa en el reconocimiento del papel del historiador a través del tiempo. Quizás debido al auge de nuevos temas de investigación histórica que emergen en la actualidad, y al abandono casi completo del uso de las biografías, historias de vida o prosopografías, han hecho que la reconstrucción de la dimensión humana a través de las experiencias personales en su tiempo sea una práctica historiográfica cada vez menos empleada.

No hay que demeritar, empero, los intentos por reconstruir las experiencias intelectuales y biográficas de algunos autores contemporáneos, los cuales se han propuesto la tarea de articular, al campo de la creación de las ideas, los espacios de sociabilidad intelectual y política gestados al interior de las instituciones académicas y

⁴⁷ Comparar, *Carta de la Legación de México en Colombia a Otero de julio de 1938. Carta de Joaquín Díaz, director de la Biblioteca Ibero-Americana, sede en México D.F. a Otero de julio de 1938.* AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 20, carpeta 58. Rollo 10.

políticas, respectivamente⁴⁸. Historiadores como Gilberto Loaiza Cano pretenden utilizar el recurso biográfico para reconocer la condición del intelectual en la sociedad, intentando hallar su ubicación y su trascendencia dentro de ella. Se pregunta: "¿Qué tan representativo puede ser un individuo creador de algún aspecto de la vida para comprender y explicar procesos históricos amplios? ¿Pueden ser una vida y una obra un paradigma o, al contrario, una anomalía?"⁴⁹. Siguiendo estos cuestionamientos, los cuales nos ayudarán a estudiar los nexos y coherencias entre las vicisitudes particulares del individuo con su contexto, este capítulo intentará estudiar hasta qué punto el mundo político e intelectual en el que se desempeñó Enrique Otero convergen en tres lugares comunes: el encuentro con los sectores populares, la creación y gestación de redes políticas y académicas entre ellos y Otero, y la consolidación de nuestro personaje en la vida pública de su época.

Enrique Otero, el liberalismo y la política

La vida política de Enrique Otero estuvo ligada, desde el principio hasta al final, al Partido Liberal Colombiano. Su idilio con el Liberalismo comenzaría siendo muy joven participando, como ya lo habíamos mencionado anteriormente, en la Guerra de los Mil Días. En *Montañas de Santander* (1930), Otero recuerda que, siendo "adolescente, híceme soldado, y vagué por bosques y campiñas arma al brazo, siguiendo un ideal... Vencida la rebelión, regresé a la heredad paterna y reanudé, plácidamente, mi vida rural"⁵⁰. Cabe preguntarnos en este momento cómo un joven de dieciséis años pudo dejar las comodidades de su hogar para enlistarse en un ejército y luchar por un "ideal", el cual, quizás, no conocía a profundidad.

La respuesta podría aparecer frente a nuestros ojos si nos limitamos al lugar donde nació y creció Otero. Para la historiografía nacional es un hecho que el departamento de Santander es bien reconocido, dentro del mapa político colombiano,

⁴⁸ Algunos de estos autores y sus obras son: Mauricio Archila, "Indalecio Liévano Aguirre. El historiador, el intelectual y el político del siglo XX"; Ricardo Arias, *Los Leopardos. Una historia intelectual de los años 1920*. Hans König, "Los caballeros andantes del patriotismo. La actitud de la Academia Nacional de la Historia Colombiana frente a los procesos de cambio social"; Alberto Mayor Mora, *Técnica y utopía: biografía intelectual y política de Alejandro López, 1876-1940*.

⁴⁹ Ver, Loaiza, Cano, Gilberto, "Entre la historia intelectual y la cultural". P. 351.

⁵⁰ Ver, Otero D'Costa, Enrique, *Montañas de Santander*. Imprenta del Departamento. Bucaramanga: 1932. P. 1.

como el bastión geográfico del Partido Liberal. Lo anterior debido a la escasa presencia que tuvieron la Iglesia y las instituciones coloniales en algunas poblaciones de dicha región, lo que dio rienda suelta a la interiorización de fuertes ideas de corte liberal de mediados del siglo XIX y a la participación activa en los asuntos políticos del estado, a través de la creación de organizaciones cuyos intereses e ideologías fuesen comunes para todos⁵¹. Nos imaginamos, bajo este escenario, a un Otero rodeado de una atmosfera entregada a las ideas liberales sobre una nación cuya educación fuese pública, alejada de las doctrinas de la Iglesia y con una fuerte inclinación hacia los oficios técnicos y burocráticos. Igualmente, abierta al mercado de exportación y aún partidaria, después de muchos años, a los principios de la constitución de 1863, la cual abogaba por la libertad de propiedad, de imprenta, de pensamiento, de oficio y de culto. Este es por tanto, nuestro incipiente contexto político en donde nació y creció Otero, el cual explica un poco su "ideal" o compromiso con el liberalismo, el cual le obligó a cargar el arma al brazo durante las largas jornadas de campaña.

A pesar de vivir en un mundo más rural que urbano, alejado de las querellas políticas y sociales que se gestaban en su tiempo, el hogar de Enrique Otero, sin embargo, no estaba completamente aislado del contexto nacional. Era una morada donde fluía una atmosfera de "cultura urbana"⁵², rodeado de libros y documentos que llevaron al joven Enrique a interesarse en las coyunturas políticas de su tiempo y, asimismo, en los estudios históricos sobre su región, principalmente. También su permanencia en los colegios donde estudió fueron los lugares comunes de encuentro entre las ideas liberales, el catolicismo, las tradiciones populares y la historia. Dicha unión de hechos sólo fue posible a través del intercambio de experiencias entre sociedades rurales y urbanas, vislumbradas en un sinnúmero de escenarios cotidianos, tales como el mercado central de los pueblos y las ciudades, en las plazas, la Iglesia en los domingos o en las celebraciones religiosas, donde sospechamos habrá escuchado e interiorizado, por primera vez, las ideas del liberalismo de finales de siglo XIX.

Dichas circunstancias fueron las que impulsaron a Otero a participar de una guerra que duraría tres años. Quizás defendiendo principios sobre libertades de

⁵¹ Comparar, Delpar, Helen. *Rojos contra azules: el partido liberal en la política colombiana, 1863-1899*. Bogotá: Procultura, 1994.

⁵² Comparar, Ver, Otero Muñoz, Gustavo, "Prólogo". En: Otero D'Costa, Enrique, *Montañas de Santander*. P. II.

expresión, de culto y de oficio, pensamos que este hecho en su vida marcó el primer acercamiento al mundo político, e incluso intelectual, de su tiempo. Recordemos en este instante, que los intelectuales son un grupo social comprometido al interior de las luchas ideológicas. Dependen de instituciones políticas, religiosas y culturales para obtener visibilidad, dado que son tributarios de organismos o centros de poder⁵³. Este compromiso, por el que abogaba intelectuales del siglo XX tales como Jean Paul Sartre o George Orwell, es la comunión entre la política y la intelectualidad; y en Colombia este hecho político y social no fue la excepción.

A lo largo de las décadas, el ejercicio del poder siempre estuvo ligado al oficio intelectual. Se pasó por una época en la que los gramáticos y poetas controlaban la administración del país a finales del siglo XIX y durante las primeras dos décadas del XX; luego los abogados y profesores de la República Liberal se encargaron de ello, y años más tarde el turno fue para los politólogos y científicos sociales egresados de las principales universidades del país⁵⁴. Esta tradición responde a una relación intrínseca entre los intelectuales y la política, la cual emerge en "coyunturas históricas particularmente importantes", tales como las guerras civiles o los cambios en las hegemonías políticas (a través de la elección de presidentes, por ejemplo), las cuales determinan una suerte de posturas relacionadas con la función social de los intelectuales, expresadas en la creación y ejecución de diversos proyectos políticos y toda la elaboración de un conjunto de símbolos que establezcan un compromiso social⁵⁵.

En el caso de Otero, la coyuntura política se vislumbra en su participación en la Guerra de los Mil Días y en la manera como este evento determina su compromiso como intelectual dentro de la sociedad. Pero de una manera alejada de los convencionalismos de su tiempo. No es descabellado pensar que en sus *Cuentos* se incluyan numerosos relatos que describen la "cotidianidad" de la guerra, en lugar de realizar una narración de las grandes batallas o de las personas más influyentes o "héroes" del conflicto. Por citar un ejemplo, en su obra incluye la relación de una colegiala (sin nombre) que relata cómo se establece un hospital de sangre en su pueblo, el cual estaba cercano a una zona de combate. En dicho lugar pasaban los heridos con

⁵³ Comparar, Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales. Historia intelectual*. Universitat de Valencia. 2007. P. 17.

⁵⁴ Comparar, Urrego, Miguel Ángel, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia*. Universidad Central. Bogotá: 2002 P. 10.

⁵⁵ Comparar, Urrego, Miguel Ángel, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia*. P. 12.

"los rostros pálidos y las camillas ensangrentadas [...], con sus ojos cerrados, sus labios, que ni siquiera abrían para quejarse"⁵⁶.

Estas y otras imágenes de la guerra marcaron la vida de Otero a través de su vida pública, y le dieron un sentido a su trayectoria política e intelectual, enfocada en visibilizar y comprender las costumbres, imaginarios y experiencias de los sectores populares de su tiempo⁵⁷. Coincide, muchos años más adelante, con la llegada del liberalismo al poder en la década del treinta del siglo pasado, por medio de la creación de una "cultura popular", la cual acercara a las élites y a las masas en torno a un conjunto de símbolos comunes entre sí que los identificaran como parte de una nación igualitaria y en constante crecimiento y desarrollo. Dicha iniciativa motivó a muchos intelectuales y políticos de la época, como Otero, a consolidar un conjunto de estrategias para lograr dicho fin, creando espacios de difusión cultural tales como las bibliotecas ambulantes, conciertos de música y proyección de películas con entrada libre y la publicación de literatura que rescatara los rasgos más profundos y rurales de la cultura colombiana. Más adelante, en el segundo capítulo, veremos a profundidad cómo la obra de Otero se articula a este proyecto político.

Dicho ideal de consolidar una "cultura popular" tuvo sus inicios mucho tiempo atrás, remontándose hasta la segunda mitad del siglo XIX, en donde algunos grupos de intelectuales de la capital "empiezan a manifestar su interés por las 'costumbres del pueblo' a quien también veían, como se ha hecho recientemente, como el poseedor y guardián de formas ancestrales de una sabiduría inmune a los efectos del tiempo"⁵⁸. Durante el siglo XX, este proceso, según el historiador Renán Silva, tuvo dos momentos: el primero de 1930 a 1940 cuyo objetivo primordial era difundir un conjunto de pautas educativas y sanitarias, a través de la creación de manuales, por ejemplo, esenciales en la consolidación de una cultura de masas. El segundo, por otra parte, transcurre entre 1940 a 1948, procurando integrar la difusión con la comprensión de las culturas populares, "a través de un vasto trabajo de campo que buscaba recolectar de manera sistemática todas las informaciones posibles para interpretar [...] las variadas

⁵⁶ Ver, Otero D'Costa, Enrique, "Memento" En: *Cuentos*. Universidad Industrial de Santander. Dirección Cultural. Bucaramanga: 2009.

⁵⁷ Sin embargo, consideramos que el evento de la Guerra de los Mil Días, a pesar de ser importante, no fue determinante en las obras intelectuales de Enrique Otero, dado que se carecen de las fuentes que expliquen el vínculo directo entre la guerra y el intento de "historia social" que intenta elaborar el autor.

⁵⁸ Ver, Silva, Renán, *República liberal, intelectuales y cultura popular*. La Carreta Histórica. Medellín: 2005. Pp. 4-5.

formas de la actividad cultural de las masas campesinas y de los habitantes populares urbanos"⁵⁹.

Lo anterior nos muestra el lugar común que une la vida política -e incluso intelectual- de Otero y la creación de una cultura popular ligada a los proyectos de extensión cultural durante la República Liberal, el cual hace referencia a la integración de un grupo de intelectuales a un proyecto político del Estado, ambos preocupados por recuperar las tradiciones populares del mundo rural, tales como sus coplas, sus canciones, sus leyendas, y sus festividades. No es coincidencia, por tanto, que la gran mayoría de intelectuales que mediaron en la consolidación de este proyecto de cultura de masas ocuparan cargos administrativos de alta importancia en el Ministerio de Educación, sus dependencias u otros puestos gubernamentales. Igualmente, tenían una constante participación en diferentes espacios de difusión cultural, como la prensa, la radio y la literatura, "lo que les garantizaba una posición directiva en cuanto a la orientación espiritual del país, o más exactamente de la "nación"⁶⁰.

En nuestro caso particular, Enrique Otero mantendría dicha posición política y directiva en la vida pública de su tiempo a lo largo de casi veinte años, desde 1923 hasta 1941. Iniciaría como Tesorero municipal de Bogotá y llegaría a su cúspide siendo presidente de la Cámara de Representantes. Por otra parte, su presidencia en la ACH en 1939 y su labor de columnista en diarios tales como *El Tiempo* ese mismo año, refuerza esa integración de la política colombiana con la comunidad intelectual urbana.

Su elección como Tesorero de Bogotá tuvo una buena aceptación en la ciudad. En gran parte debido a que la mayoría de votos que consiguió a su favor eran de miembros del Partido Liberal así como del Conservador. Miembros de éste último, de hecho, declararon en diarios como el *Nuevo Tiempo* que encontraban en él "la seguridad de que nunca intentará persecuciones ni cometerá injusticias, porque como liberal modelado a nuevo tipo, es amplio y tolerante, y no confunde el amor a su causa con el odio por sus contradictores"⁶¹. Este tipo de testimonios muestran un cambio superlativo en la conciencia política de la ciudad, la cual ya no estaba tan polarizada como en el siglo XIX e inicios del XX, sino que pretendía ser más mediadora y colaboradora entre

⁵⁹ Ver, Silva, Renán, *República liberal, intelectuales y cultura popular*. P. 7.

⁶⁰ Comparar, Silva, Renán, *República liberal, intelectuales y cultura popular*. Pp. 7-8.

⁶¹ Ver, "Enrique Otero D'Costa". En: *El Nuevo Tiempo*. Nov. 14, 1923. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 11, carpeta 27. Rollo 5.

los partidos y los proyectos políticos del Estado. Obviamente, la violencia partidista continuó, principalmente en el mundo rural; sin embargo, la inclusión de servidores públicos de corte liberal en los gobiernos conservadores, tal como en el caso de Otero, permitió una transición paulatina y poco traumática años más adelante de una hegemonía conservadora a un gobierno liberal.

De esta manera, vemos cómo el mismo contexto político en el que vivió Otero permitió su inclusión y visibilización al interior de la vida pública nacional. Los reconocimientos y descripciones sobre su participación en la Guerra de los Mil Días, sus trabajos anteriores en compañías nacionales y extranjeras como administrador, y, sobre todas las cosas, su reconocimiento como intelectual, fueron las credenciales que legitimaron su nueva posición en la sociedad. La misma prensa en la que escribiría en las décadas siguientes fue la que le ayudó a catapultarse en la escena pública urbana.

Así, *La República* consideró la elección de Otero en 1923 como un "inegable acierto de quienes le eligieron, [dado que] en la revuelta marea de una política desorbitada y maleante, sus convicciones han mantenido la altura de su criterio"⁶². Se le atribuyen cualidades de buen político, porque es capaz de ser objetivo y ecuánime, a pesar de pertenecer -lo recalcan una y otra vez los diarios- al Partido Liberal. De este modo, la figura que se crea y se ensalza sobre Otero es la de un nuevo político, mediador entre liberales y conservadores y, aún más importante, dueño de un conocimiento intelectual que le permite establecer un equilibrio entre el "juicio crítico y la sabiduría del investigador"⁶³.

Llegada la República Liberal siete años más adelante, la trayectoria política de Otero aparentó seguir en ascenso. A pesar de que no se cuenta con un registro claro de su actividad pública de 1923 hasta 1937, la participación que tuvo en la campaña presidencial de Eduardo Santos, su candidatura a la dirección de la Unión Liberal y su elección como presidente de la Cámara de Representantes, estas últimas en 1941, ratifican una inclusión más profunda en la vida política, ya no solo de Bogotá, sino del país.

⁶²Ver, "Recorte de prensa". En: *La República*. Nov. 15, 1923. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 11, carpeta 27. Rollo 5.

⁶³ Ver, "Enrique Otero D'Costa". En: *El Nuevo Tiempo*. Nov. 14, 1923. AGN.

Frente a su participación en la campaña presidencial de Eduardo Santos, cabe resaltar el cambio de imagen de Otero, el cual demuestra ser más pasional y comprometido con la causa liberal. También se le ve con estrategia y perspicacia en la gestión de redes políticas, con el fin de legitimar su causa y obtener la victoria en las elecciones. Así, en 1937, escribe:

Porque el 20 de julio se reúne la Convención Liberal y porque en ella toman parte con sus votos los miembros del Congreso. La Convención proclamará el candidato a la Presidencia y necesito que mi voto y las amistades e influencias de que pueda disponer en la Convención vayan a favor de SANTOS, que es el candidato LIBERAL⁶⁴.

Al hablar de "amistades" e "influencias" pasamos a una instancia en el que la trayectoria política ya no sólo se construye a través de logros profesionales ni laborales, sino que se edifica bajo los cimientos de las redes de sociabilidad política. Algo que Otero ya sabía gestionar bien en la época, tal como se puede ver en la continuación de la carta. En ella se entera que un tal Valentín, militante de la izquierda del mismo partido, votará a favor de Darío Echandía, candidato de dicha contrapartida. Otero asegura que es un error dar el voto por una persona de la oposición, dado que Echandía no representa ni defiende los valores verdaderos del liberalismo, y por tanto no se considera como un "liberal legítimo" digno de manejar los hilos políticos de la nación. Sin embargo, lo que aterra a Otero es la idea de dejar una curul "en persona que va en un campo revuelto con comunistas y socialistas, enemigos eternos del liberalismo y hoy sus amigos embozados que planean meterle algún día la puñalada por la espalda, como se la metió Núñez"⁶⁵. Obviamente, aquí hace referencia a Valentín, el cual sería su suplente al interior del partido.

Esta confesión, por otra parte, revela la conciencia histórica de Otero, al intentar comparar esta coyuntura política con lo sucedido en la década del ochenta del siglo XIX con Rafael Núñez, el cual había irrumpido en el liberalismo, pero luego cambió de bando radicalmente hacia el Partido Conservador. La amenaza que implicaba en la época la consolidación de una hegemonía socialista era igual al temor de volver a dejarles el poder a los conservadores tal como había ocurrido en el momento de la

⁶⁴ Ver, *Carta de Enrique Otero a Luis García C.* 7 de marzo de 1937. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 21. Carpeta 60. Rollo 10.

⁶⁵ Ver, *Carta de Enrique Otero a Luis García C.* 7 de marzo de 1937. AGN.

Regeneración. La preocupación de Otero demuestra su compromiso con el partido y los medios a los que recurrió para que los objetivos políticos que éste movimiento se trazara se logaran y perpetuaran en el tiempo. Quizá Otero veía con malos ojos la llegada de un componente socialista del liberalismo al poder en el sentido que podría perturbar desde los proyectos de extensión cultural del partido y las reformas educativas, hasta el mismo sistema económico de la nación. Y el reflejo de esa preocupación la hallaba en las reformas políticas y sociales que llevó a cabo el gobierno conservador de Núñez, las cuales marcaron una ruptura en los ideales decimonónicos del liberalismo expuestos anteriormente, y con los que había crecido nuestro personaje.

De hecho, el temor hacia una hegemonía socialista en la época llegó al mismo núcleo familiar de Enrique Otero. Tres días después de la anterior postal, su hermano, Pedro, le escribe una carta donde expresa su preocupación por el posible ascenso al poder del liberalismo de izquierda comandado por Darío Echandía, Alfonso López y Jorge Eliecer Gaitán. Agrega:

López, siguiendo las huellas de Judas y de Núñez trata de traicionarnos, y así como Núñez no[s] entregó maniatados a los conservadores el bellaco de López trata de entregarnos a nuestros peores enemigos que hoy son los comunistas, verdaderos lobos con piel de oveja que disfrazándose de liberales se ha[n] introducido en nuestras filas⁶⁶.

Dichos eventos desencadenarían, según Pedro Otero, en un régimen de odio, tiranía y desigualdad, el cual denomina una "dictadura del proletariado", donde solo se crean leyes para la clase que más votos proporciona, incitando a una fragmentación de la sociedad a través de la "lucha de clases"⁶⁷. Sin embargo, y para la felicidad de la familia Otero y de los liberales moderados, Santos fue elegido presidente para el período de 1938 hasta 1942, garantizando cuatro años más de hegemonía. Esta victoria significó un ascenso en la vida pública de Enrique, el cual le garantizó estabilidad y mayor campo de acción en la búsqueda de nuevos horizontes en el mundo de la política. Así, en 1941, Otero decide postularse para la dirección de la Unión Liberal.

⁶⁶ Ver, *Carta de Pedro Otero a Enrique Otero*. 10 de marzo de 1937. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 20. Carpeta 57. Rollo 9.

⁶⁷ Ver, *Carta de Pedro Otero a Enrique Otero*. 10 de marzo de 1937. AGN.

Sin embargo, su candidatura presenta unos matices muy particulares a los ojos de nuestro presente. Y es que las ideas de los Otero sobre el socialismo en el país y la "dictadura del proletariado", expuestas cuatro años antes, darían un giro radical e impensado cuando los mayores colaboradores y difusores de su plancha fueron los miembros del Comité Liberal Obrero. Aquí vemos cómo las ideas sobre un hecho social se transforman a causa de una gestión muy rigurosa de redes y vínculos, con la intención de asegurar votos y un lugar en el poder, en este caso para Enrique Otero.

El Comité Liberal Obrero, por su parte, intentaba ser parte de un proceso de unificación del partido, en donde cedieran definitivamente los personalismos y los antagonismos de la élite del liberalismo. Ante la sospecha de una posible fragmentación del movimiento, el Comité decidió avalar la plancha de Enrique Otero, el cual representaba "una garantía para el Gobierno en la próxima Cámara y porque su nombre no es, ni ha sido ni será insignia de traición, móvil de discordia o instrumento de afanes ambiciosos"⁶⁸. Asimismo, lo consideraban como el defensor de los principios y de todos los proyectos liberales de la época. Nuevamente, observamos cómo la figura política de Otero emerge a partir de un conjunto de atributos y valores que se le adjudicaron, a través de medios de difusión públicos como la prensa. Sin embargo, cabe resaltar que aquellos que lo apoyaron no representaban una totalidad de la masa de trabajadores del liberalismo, sino un pequeño sector de origen santandereano. Por tanto, no sólo fue la prensa, las crónicas o las redes políticas gestadas al interior del partido las que determinaron su asenso político, sino también lo fue la simpatía que despertaba por los habitantes de su región de origen.

Frente a este hecho en particular, las mismas redes políticas de Otero se fortalecieron en la medida en que ya no sólo contaba con un número de electores en la capital, sino también en algunas regiones del país. No hay que olvidar que él vivió y trabajó, no solo en Bucaramanga y en Bogotá, sino también en ciudades de la costa atlántica como Cartagena y Barranquilla, y al interior del país en Manizales. Cabe la posibilidad, por ende, de que sus vínculos políticos pasaran a ser regionales, en donde

⁶⁸ Ver, "EL COMITE LIBERAL OBRERO Acoge la Plancha de Otero D'Costa" En: *Vanguardia Liberal*. 16 de marzo de 1941. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Manifiestos impresos. Dirección liberal. Caja 22. Carpeta 64. Folio 206. Rollo 11.

contaba con el apoyo de sus innumerables amistades hechas en los años de su juventud y adultez.

Lo anterior se puede explicar en las cartas de recomendaciones que recibía don Enrique desde que su presencia política en el partido se había consolidado. En 1940, un señor llamado Jorge Moyano le escribe un comunicado a Otero recomendándole a un tal Luis Martínez, el cual deseaba obtener un cargo en el Ministerio de Correos y Telégrafos como Administrador de correos, preferiblemente en Villavicencio. Arguye Moyano que en dicha ciudad "este meritorio amigo nuestro tiene su fuerza política y es a quien se le debe la [e]xcelente organización que se le ha dado al liberalismo de esa Ciudad y sus alrededores"⁶⁹. Aquí vemos cómo nuevamente una gestión política seria, con el fin de concentrar el poder regional en manos de un mismo partido político garantiza la posibilidad de movilidad al interior de la estructura gubernamental de la nación. Asimismo, y en doble vía, lo anterior explica la manera como Otero logró revestirse de un gran capital simbólico, a través de sus años moviéndose paulatina y sigilosamente por la vida política de su tiempo, generando beneficios mutuos entre él y sus contactos, por medio de la transmisión de una fuerte convicción hacia los valores del liberalismo que el mismo creía.

Igualmente, un año más adelante, Otero seguiría construyendo su inmensa red política a través de las peticiones de sus amistades. Le pide ayuda un señor llamado Rubén Amaya Rojas quien desea llegar a ser alcalde de algún municipio de Santander, debido a sus ocho años de experiencia en las secretarías de las alcaldías de Piedecuesta, San Vicente, Lebrija y Rionegro. A través de la amistad que ligaba a Otero con el Gobernador de la época, Benjamín García Cadena, Amaya le suplicaba a nuestro personaje para que intercediera por él y librara a su familia del "fantasma del hambre"⁷⁰. En otra carta, los suscritos del mismo Directorio Liberal de Rionegro le piden el favor a Otero de ayudar al joven José Vesga, estudiante de derecho, el cual se encuentra en muy malas condiciones económicas para sobrevivir en la ciudad. Vesga era hijo de un eminente político de la región y además natural del municipio. La idea era que Otero se

⁶⁹ Ver, *Carta de Jorge Moyano a Enrique Otero*. 15 de mayo de 1940. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Manifiestos impresos. Dirección liberal. Caja 22. Carpeta 64. Folio 10. Rollo 11.

⁷⁰ Ver, *Carta de Rubén Amaya Rojas a Enrique Otero*. 15 de febrero de 1941. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Manifiestos impresos. Dirección liberal. Caja 22. Carpeta 64. Folio 212. Rollo 11.

convirtiese en una figura de protector o "padrino" de Vesga, ayudándole de cualquier manera para que continuase con sus estudios⁷¹. Asimismo, las suplicas de los copartidarios de Rionegro para la construcción de una carretera que comunique al corregimiento de Cuesta Rica con La Ceiba son enviadas a don Enrique, justificando "que solo así esta tierra, que tiene en usted su más digno vocero, podrá conseguir muy pronto el puesto que corresponde por su riqueza y prosperidad"⁷². La obra sería llevada a cabo, si y sólo si, se ratificaba la adhesión a la política que defendía Otero, a través de la obtención de un gran número de electores en la zona.

Como se pudo ver, no es coincidencia que Otero lograra una movilidad política relevante en 1941, a través de su nombramiento como presidente de la Cámara de Representantes. La gestión pública en las regiones, los vínculos entre familiares, amigos y copartidarios y su alta reputación como servidor estatal e intelectual, lo catapultaron hacia la élite de la vida pública. De este modo, llegó como fuerte candidato para ocupar un lugar importante en el Congreso de la República, a través de la influencia que ejercía la mismísima Dirección Nacional del partido en la ciudad de Santander sobre su plancha. El propio organismo comunicó la desautorización del comité dirigido por Pedro Alonso Jaimes, arguyendo que su lista no era oficial y que, por el contrario, la propuesta de Enrique Otero y de un señor llamado Alejandro Galvis representaba la unidad del partido en el departamento, dado que encarnaba todas las corrientes que lo componían. Igualmente, advirtieron que votar por Otero era muestra de "unidad y disciplina y [de] ser solidarios con la política del gobierno del doctor Eduardo Santos"⁷³.

El mismo Otero declaraba lo mismo en una carta dirigida hacia Gustavo Barreto Puyana. En ella explica que en su lista se encontraban liberales de "todos los matices", los cuales eran "personas de trabajo, de buena voluntad y que en materias políticas miran un poco más alto a la región de los ideales y del bien de la Causa"⁷⁴. Aprovecha

⁷¹ Ver, *Carta del Directorio Liberal de Rionegro a Enrique Otero*. Julio de 1941. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 20. Carpeta 58. Rollo 10.

⁷² Ver, *Carta de copartidarios de Rionegro a Enrique Otero*. 31 de agosto de 1941. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Manifiestos impresos. Dirección liberal. Caja 22. Carpeta 64. Folio 228. Rollo 11.

⁷³ Ver, *Liberales!!*. 16 de marzo de 1941. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Manifiestos impresos. Dirección liberal. Caja 22. Carpeta 64. Folio 128. Rollo 11.

⁷⁴ Ver, *Carta de Enrique Otero a Gustavo Barreto Puyana*. 12 de marzo de 1941. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Manifiestos impresos. Dirección liberal. Caja 22. Carpeta 64. Folio 201. Rollo 11.

para denigrar un poco sobre sus adversarios tildándolos de "políticos estomacales", los cuales buscaban ahondar más en las disputas ideológicas que en encontrar soluciones a los problemas centrales del partido. Creía que la desunión del liberalismo era una barrera que, si no se derrumbaba, no podría formar un "bloque invencible contra el enemigo común conservador, al paso que en la otra forma continuaremos sosteniendo divisiones que aprovechará el enemigo"⁷⁵.

Al parecer la posición de Otero frente a esta situación le otorgó la posibilidad de convertirse en presidente de la Cámara de Representantes. Y las felicitaciones no se hicieron esperar. En una carta, un señor llamado Joaquín Reyes felicita a Otero por ser escogido para el cargo, en parte como un merecido reconocimiento "a sus virtudes y a los invaluable[s] servicio[s] prestados a la Patria y al partido, quien sabe premiar a buena hora a sus grandes hombres"⁷⁶. La exaltación de los valores de sus colaboradores y de la difamación de sus contrincantes políticos, además de sus redes políticas, fueron las estrategias que persuadieron a sus electores a la hora de las votaciones. En este punto de su vida, la imagen política de Otero está encaminada a mostrar una faceta ambivalente: por un lado, la del político cuyos logros intelectuales y laborales lo llevaron a la cima. Por el otro, la del hombre sagaz, calculador, capaz de controlar los hilos internos del partido no solo a nivel regional, sino también nacional. Quizás ambas imágenes se explican mejor si se complementan; si no se ven desligadas la una de la otra. Al unir las tenemos la figura del típico político colombiano del siglo XX, la cual, hasta el momento, no nos dice nada paradójico. Sin embargo, nos falta ver la otra parte de su vida pública: la intelectual. Y aquí nos daremos cuenta que Otero está un tanto alejado de los intelectuales de su tiempo.

Intelectualidad, redes académicas e historia

Al igual que ocurrió en su vida política, Enrique Otero construyó una trayectoria intelectual cimentada en la gran cantidad de redes académicas que consolidó, desde muy joven en Bucaramanga, hasta los días de su vejez en Bogotá. De esta manera, nuestro

⁷⁵ Ver, *Carta de Enrique Otero a Gustavo Barreto Puyana*. 12 de marzo de 1941. AGN.

⁷⁶ Ver, *Carta de Joaquín Reyes a Enrique Otero*. (Sin fecha). AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Manifiestos impresos. Dirección liberal. Caja 22. Carpeta 64. Folio 6. Rollo 11.

personaje se consolida como intelectual en la medida que depende de un conjunto de determinadas condiciones y relaciones sociales, las cuales establecen su función dentro de la sociedad. Dicha función del intelectual es la de ser "empleado" de un "grupo dominante a quienes se les encomienda las tareas subalternas en la hegemonía social y en el gobierno político"⁷⁷. Este hecho se puede vislumbrar en el contacto que tuvieron sus obras sobre historia nacional con los valores que reproducía el liberalismo de la primera mitad del siglo XX.

Pero antes de entrar en esta cuestión, debemos conocer los límites de la acción y el saber intelectual de Otero. En pocas palabras, conocer su perfil, reconociendo sus virtudes, destrezas y debilidades al interior del campo académico. En principio, se parte por una concepción positiva del mismo intelectual, considerado como el portador de un conjunto de conocimientos sobre la realidad social y natural del mundo, las cuales decide divulgar a través de instituciones o medios de difusión, tanto hacia el público especializado, como hacia al que no lo es⁷⁸. De este modo, vemos cómo emerge y se visibiliza la figura del intelectual, ya sea de forma marginal por medio de la construcción de redes de sociabilidad académica (cafés, plazas) o por intermedio de las academias o universidades oficiales.

En el caso particular de Otero, se puede decir que su andar intelectual se dio, en principio, a través de la segunda vía. Bachiller en el Colegio de Soto, donde aprendió a hablar inglés y francés, pasó a ser egresado de la Universidad Nacional de Colombia con el título de abogado. Incluso, antes de ello, en 1899 fue el fundador de una revista semanal llamada *La Juventud*, cuyo enfoque era literario y que se suspendió debido a su participación en la guerra. Años más adelante, colaboró con los diarios *Rigoletto*, *El Siglo*, *El Porvenir* y *La Época* en la costa atlántica. En dicha región tuvo la oportunidad de fundar, junto con unos amigos, la Academia de Historia de Cartagena y el órgano de difusión de la misma, titulado el *Boletín Historial*, el cual dirigió por espacio de dos años⁷⁹. De regreso en Bogotá, colaboró con la ACH y el *Boletín de Historia y Antigüedades*; con las revistas *Santafé de Bogotá*, *Cromos* y el *Gráfico*, y en diarios populares como *El Tiempo*. Como se puede observar, Otero estuvo vinculado a un

⁷⁷ Ver, Gramsci, Antonio. *La formación de los intelectuales*. Editorial Grijalbo. México D.F: 1967. P. 30.

⁷⁸ Comparar, Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales. Historia intelectual*. Universitat de Valencia. 2007. P. 18.

⁷⁹ Comparar, *Enrique Otero D'Costa* (sin fecha). AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie. Correspondencia. Caja 8. Carpeta 17. Folio 47.

conjunto de instituciones oficiales, colaborando masivamente en la publicación de textos relacionados con temas de historia, asuntos económicos o de interés general⁸⁰.

Lo anterior se debe a una necesidad de poner en circulación todas las ideas y conocimientos generales sobre la sociedad. Dicha obligación, tarde o temprano, se transforma en una misión común o compromiso político y social para todos los intelectuales⁸¹. En nuestro caso, Enrique Otero fue un intelectual preocupado por las coyunturas de su tiempo y comprometido en el cumplimiento de los deberes de su partido y de las instituciones intelectuales en las que se desempeñó. Un caso puntual de ello ocurre en 1919, con treinta y seis años de edad, y siendo miembro activo del Partido Liberal y trabajando en Manizales, decidió realizar un estudio sobre historia colonial de su región natal. Escribe al mismísimo gobernador de la ciudad donde vivía que su exhaustivo trabajo (constaba de tres volúmenes, divididos en veintiséis capítulos) incluía un mapa, el cual señalaba las rutas de los conquistadores y la "distribución etnológica de las tribus que poblaban a Santander al empezarse la conquista"⁸². Contenía siete fotograbados de "carácter histórico" y sus fuentes provenían de un conjunto de cuarenta y dos volúmenes sobre historia de Colombia y treinta y siete códices originales del siglo XVI guardados en el Archivo Nacional de la época.

La ardua labor que desempeñó Otero en la creación de tan sólo el primer volumen de su estudio muestra una profunda preocupación por la reconstrucción del pasado de su región. También motivado por la necesidad de legitimar históricamente a una zona tradicionalmente liberal controlada estatalmente por el gobierno conservador de la época, Otero revela parte de su personalidad como intelectual, la cual está encaminada a reivindicar los valores de su partido, pero también a los "sujetos sin historia". Sorprende encontrar las palabras "etnológica" o "tribu" en los textos oficiales de historia de la época, salvo los manuales y alguna que otra publicación de la ACH. Recordemos que Enrique Otero vivió su niñez y adolescencia en el campo, rodeado de personas cuyas costumbres estaban ligeramente alejadas de las urbanas, y de las cuales a nuestro personaje siempre le sorprendieron. No impresiona, por tanto, que dedique unas

⁸⁰ Comparar, *Enrique Otero D'Costa*. AGN. Folio. 47.

⁸¹ Comparar, Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales. Historia intelectual*. P. 61.

⁸² Ver, *Carta de Enrique Otero al gobernador de Manizales*. 14 de febrero de 1919. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 11. Carpeta 28. Folio 26. Rollo 5.

páginas al estudio de sus prácticas. En *Montañas de Santander* se muestra una preocupación por la descripción de la cotidianidad del campesino, en donde intenta mostrar la existencia sencilla del mismo a través de sus "costumbres tradicionales, sus hábitos y carácter, su ideología", comprendiendo y unificando a este grupo social desde el terrateniente hasta el peón⁸³.

Lo anterior fue el reflejo de una necesidad, no solo de Otero, sino de todos los intelectuales modernos de convertirse en los consejeros del poder siendo los voceros de un pueblo, el cual estaba condenado, en este momento de la historia nacional, a quedarse en silencio⁸⁴. Ante dichas demandas -u oportunidades- nuestro personaje vio la posibilidad de ascender socialmente, debido al interés de las altas esferas políticas de su tiempo por conocer y comprender en su totalidad la geografía humana del país. La publicación de su libro *Montañas de Santander*, en la década del treinta, coincide con el surgimiento de todos los proyectos de extensión cultural del Partido Liberal mencionados anteriormente.

Esta inclusión de los intelectuales, como Enrique Otero, en los proyectos políticos del Estado, los liberó de su aislamiento de la realidad social de su tiempo, permitiéndoles gestionar y consolidar una vasta red de vínculos de sociabilidad entre ellos mismos o con algunas instituciones de carácter cultural o académica⁸⁵. Desde comienzos de siglo hasta los últimos días de su vida, Otero se caracterizó por gestionar ello. Ya en 1916 entablaba un buen intercambio intelectual con el Presbítero Mariano Gómez, el cual, conociendo los gustos intelectuales de nuestro personaje, decidió obsequiarle la última edición de la *Historia Universal* extensa de César Cantú, junto con dos diccionarios de historia, mitología y biografía, un atlas de geografía antigua y moderna, un tratado de heráldica y cuatro obras de "Historia de América" y de la vida de Cristóbal Colón⁸⁶.

En los primeros años de su vida intelectual, el intercambio de libros, revistas, mapas y tratados sobre historia prehispánica y colonial motivaron a Otero a acercarse a

⁸³ Comparar, Otero D'Costa, Enrique, *Montañas de Santander*. Imprenta del Departamento. Bucaramanga: 1932. Pp. 2-3.

⁸⁴ Comparar, Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales. Historia intelectual*. Universitat de Valencia. 2007. P. 85

⁸⁵ Comparar, Dosse, François, *La marcha de las ideas*. P. 96.

⁸⁶ Ver, *Carta del Presbítero M. Gómez a Enrique Otero*. 21 de julio de 1916. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 11. Carpeta 28. Folio 26. Rollo 5.

la reconstrucción y descripción del pasado de su región. De dicha motivación nacieron obras como el *Cronicón Solariego* (1922), el cual daba cuenta de una rudimentaria pero bien documentada historia de Bucaramanga en el siglo XVI. Asimismo, diez años después publica tanto *Montañas de Santander* como las *Historietas*, en donde explora, a través de sus propias vivencias y con testimonios directos, las costumbres del campesinado santandereano desde la colonia hasta comienzos del siglo XX. En el segundo capítulo examinaremos más a profundidad los contenidos de estos trabajos.

Años más adelante, su interés por la historia y la geografía del país lo llevaron a integrar diferentes academias de divulgación histórica en el país y a participar en la publicación de trabajos sobre historia colonial en las revistas de dichas instituciones. En 1939 es nombrado presidente de la ACH de Bogotá, de la cual, anteriormente, había sido secretario, así como director del *Boletín de Historia y Antigüedades*, su órgano de difusión. Un año antes se convierte en miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y estadística, y del Ateneo de Ciencias y Artes de México, en donde tiene la posibilidad de conocer al Ministro de Relaciones Exteriores de dicho país en Colombia, el cual le hizo una entrega de un conjunto de diplomas que lo acreditaban como miembro de dichas instituciones⁸⁷. Igualmente, el entonces director de la Biblioteca Ibero-Americana, preocupado por enriquecer sus vitrinas con textos históricos de la "América del Sur", le pide a Otero el favor de enviarle algunos textos de su propia autoría tales como *El Licenciado Jiménez de Quesada* y la *Vida del Almirante Padilla*, a cambio del favor de "enriquecer su acervo bibliográfico integrándolo con las obras de los autores más distinguidos de la América Hispana"⁸⁸.

Asimismo, en la década del cuarenta sus vínculos con las academias sobre historia, geografía, humanidades y disciplinas afines siguieron en aumento. Ya en 1943 la Sociedad de Lingüística Aborigen quería que Otero se convirtiese en miembro de número de la institución haciéndole llegar una copia del acta de la primera sesión de la misma. En el documento se expresa el objetivo esencial de conocer y divulgar los idiomas aborígenes, a través de la conservación de los dialectos indígenas del país y del

⁸⁷ Ver, *Carta de la Legación de México en Colombia a Enrique Otero*. Julio de 1938. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 21. Carpeta 63. Rollo 10.

⁸⁸ Ver, *Carta de Joaquín Días a Enrique Otero*. Julio de 1938. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 21. Carpeta 63. Rollo 10.

cultivo de un gusto hacia la reconstrucción de las lenguas prehispánicas. El deber de los miembros principales de la Sociedad era el de elegir un conjunto de socios interesados en cumplir las anteriores condiciones, "con el fin de fomentar la divulgación de nuestra lingüística aborigen y el intercambio de conocimientos a este respecto, de modo particular con las naciones americanas, puesto que con ello se cooperaría en *pró* de futuros estudios que pueden servir para probar el origen único del hombre americano"⁸⁹. Igualmente, los nuevos integrantes debían trabajar por la supervivencia de los nombres de las poblaciones, las veredas, los ríos, e incluso los apellidos cuyos orígenes fuesen indígenas y que habían sido reemplazados por vocablos del español.

El interés de Otero y de este tipo de academias hacia la reconstrucción del pasado prehispánico responde a una práctica intelectual muy generalizada en toda Latinoamérica a lo largo de la primera mitad del siglo pasado. Los debates en torno a la cuestión social y pluralidad cultural, a la comprensión de las sociedades campesinas, obreras e indígenas, a la diversidad regional y a la explotación de recursos naturales y energéticos emergieron en la agenda de los intelectuales⁹⁰, y fueron temas de una amplia difusión literaria entre las esferas académicas en América Latina. No es coincidencia, bajo este panorama, que Enrique Otero fuese un miembro distinguido en la ACH, dado que uno de sus intereses era el de reconstruir la historia y las experiencias de las comunidades indígenas del país. Incluso la representación de un indígena en el escudo de la institución y de la gran cantidad de publicaciones de fuentes primarias en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, las cuales reconstruían desde pleitos judiciales entre indígenas y criollos, hasta los relatos de los cronistas de Indias sobre asentamientos de indios, mostraban una profunda fascinación por la comprensión del pasado precolombino, el cual pudiese ayudar a responder algunas preguntas claves de los proyectos políticos del país: ¿De dónde venimos? ¿Dónde provienen nuestras costumbres? ¿Quiénes somos?

Asimismo, Otero pudo gestionar y consolidar una amplia red intelectual fundada en el interés hacia la historia de los sectores populares de su tiempo. En 1933, le escribe

⁸⁹ Ver, *Comunicado de la Sociedad Lingüística Aborigen a Enrique Otero*. 17 de noviembre de 1943. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Caja 28. Carpeta 79. Folio 8. Rollo 10.

⁹⁰ Comparar, Sánchez, Gonzalo, Pécaut, Daniel y Uricoechea, Fernando. *Los intelectuales y la política*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia. Fundación para la Investigación y la Cultura. Bogotá: 2003. Pp. 73-74.

un señor llamado Enrique Naranjo Martínez haciéndole entrega de un ensayo escrito por él titulado "El problema de la América Hispana", en el cual aborda un tema central relacionado con las razas y el mestizaje en el continente, y que tuvo una fuerte repercusión en la esfera intelectual del momento. En el documento, Naranjo arguye que el problema que le impiden a las naciones Latinoamericanas desarrollarse es el mestizaje y no los factores ambientales o climáticos. Le pide a Otero que lea el trabajo y que de una opinión, dado que "estos problemas hay que afrontarlos y estudiarlos y resolverlos"⁹¹. Siete años después, la Universidad Católica Bolivariana contacta a don Enrique con el propósito de enviarle un estudio sobre el Papa Paulo III y los indios de América, escrito por el profesor Lewis Hanke. Los sentimientos de "simpatía" y "amistad" de la institución hacia él también iban dirigidos con la intención de que se convirtiera en un colaborador más de su revista, enviándole constantemente estudios y reseñas históricas. Inclusive, un año antes de esta solicitud, se le pide a Otero participar como jurado en un debate sobre si las mujeres podían tomar parte en la política colombiana, debido a su "alto espíritu de cooperación y ayuda [...] hacia todo lo que represente adelanto y mejoramiento intelectuales y sociales del pueblo colombiano"⁹². Además de él, se reconoce la presencia en la discusión de personalidades de la época tales como Jorge Eliécer Gaitán, María Michelsen de López y Juan Lozano y Lozano.

Finalmente, otra faceta que desempeñó Otero como intelectual fue la labor docente. En 1937 aceptó la propuesta de convertirse en profesor de la Escuela Militar en el área de historia. Según él, deseaba contribuir al enriquecimiento de esta disciplina a través de su labor, puesto que la veía "tan deficiente [...] en la enseñanza por causa de los malos textos originados por determinadas tendencias"⁹³. La solución estaba en la renovación y la rectificación de muchos textos; área en la que él iba a trabajar con "empeño singular". Dicha preocupación por los contenidos de la historiografía de la época obligó a Otero a interesarse aún más por una historia diferente, incluyente y preocupada por las cuestiones rurales, regionales y de los sectores populares. Incluso

⁹¹ Ver, *Carta de Enrique Naranjo a Otero*. 13 de septiembre de 1933. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Copia del acta de la Sociedad de lingüística Aborigen. Caja 27. Carpeta 77. Folio. 23. Rollo 10.

⁹² Ver, *Carta del Colegio Americano para varones a Otero*. 19 de octubre de 1939. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Caja 18. Carpeta 48. Rollo 9.

⁹³ Ver, *Carta de Enrique Otero al Coronel Carlos Pinzón*. 11 de enero de 1937. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Caja 18. Carpeta 50. Rollo 9.

muy anterior a la República Liberal y a su consolidación como reconocido político e intelectual, él dudaba sobre algunos hechos históricos importantes que establecía la historia oficial. Nos remontamos nuevamente a 1919 a una carta que le escribe su padre, Pedro Elías Otero, en relación a una afirmación que sostenía Enrique sobre Simón Bolívar. Para él, existía un “monarquismo mal disimulado” del Libertador, el cual, a pesar de luchar contra los españoles y de promover la libertad de América, estaba fuertemente influenciado por los filósofos franceses que causaron la revolución de su país, pero que seguían siendo tradicionalistas y fuertemente influenciados por el medio colonial en el que vivieron⁹⁴.

En conclusión, este interés hacia la crítica de los hechos y figuras más representativas del pasado nacional impulsaron a Enrique Otero a re-pensar su obra historiográfica, hasta el punto de incluir en sus relatos nuevos personajes -tales como los indígenas, los campesinos, los soldados- y escenarios –como el mundo rural o provincial- que antes no tenían una visibilidad notoria en la historiografía del país. Asimismo, la convergencia entre las redes políticas y académicas que edificó en las primeras décadas del siglo XX, y su ascenso social dentro del contexto urbano en el que vivió le permitieron proponer, tal como se verá en el siguiente capítulo, una manera distinta de ver la historia por medio del estudio, tanto de la geografía humana de estos sectores populares, como de sus costumbres y representaciones.

⁹⁴ Comparar, *Carta de Pedro Elías Otero a Enrique Otero*. 2 de diciembre de 1919. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D’Costa. Serie: Asuntos varios. Correspondencia. Caja 20. Carpeta 56. Rollo 10.

Su lugar de enunciación dentro de la historiografía colombiana

La escritura de la historia en tiempos de Enrique Otero

En el capítulo anterior, reconstruimos la trayectoria política e intelectual de Enrique Otero D'Costa a través de la presentación de algunos hechos puntuales de su vida privada. La intención era ver cómo estos dos caminos convergían en tres lugares comunes, a saber: el encuentro con algunos sectores populares, -tales como los campesinos y los obreros- la consolidación de redes políticas y académicas y el paulatino ascenso social de nuestro personaje en ambas carreras, ayudado por algunas circunstancias y acontecimientos puntuales de su tiempo.

De lo anterior, se infiere que Otero fue un político que se apoyó en sus logros personales y profesionales para ascender; por otra parte, que mostraba su imagen de hombre sagaz y calculador en la toma de decisiones y en la gestación de redes políticas a nivel regional y nacional. Igualmente, su vida intelectual fue construida sobre el interés por comprender las costumbres de los sectores populares del pasado (remoto y cercano) y de los espacios geográficos donde habitaron, alejada un poco, quizás, de la historiografía oficial de comienzos del siglo pasado. Esto motivó a Otero a gestionar sus vínculos académicos con reconocidas instituciones culturales, en donde intercambió experiencias y conocimientos sobre temas históricos relacionados principalmente con etnología, lingüística aborigen y asentamientos precolombinos.

Ahora nos corresponde ver cómo las prácticas políticas e intelectuales de Otero y el conjunto de redes e influencias que construyó a lo largo de su vida, se articulan a su obra historiográfica, hasta el punto de brindar una asociación de representaciones diferentes a las “oficiales” o académicas sobre el pasado nacional. Por tanto, es necesario reconstruir el contexto de producción, de difusión y de lectura de los trabajos de Otero, recorrido que iniciará tempranamente a comienzos del siglo XX, con la fundación de la ACH y el nacimiento de la corriente historiográfica denominada “historia académica”.

Al momento de la fundación de la ACH, Colombia continuaba en el campo de la lucha partidista, en pleno conflicto bélico de la Guerra de los Mil Días. Paralelamente,

esta confrontación entre bandos políticos se llevó también al campo intelectual, principalmente al de la historia, en donde la reconstrucción de los hechos del pasado nacional contaba con versiones ideológicamente divididas y fuertemente apoyadas desde los partidos donde se gestaban, a pesar de que ambas compartieron la imagen “ideal” sobre una nación en constante desarrollo industrial y urbanístico⁹⁵.

Sin embargo, y casi en contradicción con éste ideal moderno de nación, la historiografía colombiana de esta época se caracterizó por edificarse bajo un conjunto de relatos concebidos para exaltar el patriotismo, a través de la narración de las gestas heroicas de los individuos más influyentes de la historia nacional⁹⁶. De esta manera, la producción historiográfica del país cayó aparentemente en un “provincialismo” resultado de un aislamiento generalizado en las “unidades de análisis nacionales” incapaces de consolidar cualquier tipo de comparación entre ellas⁹⁷. Es decir, y por dar unos ejemplos, mientras las versiones sobre historia nacional hechas por los liberales exaltaban a figuras como Francisco de Paula Santander, los conservadores se concentraban en ensalzar a Simón Bolívar; asimismo, los liberales reconstruían la historia del departamento de Santander, los conservadores se preocupaban por dar una historia de la fundación de Antioquia y sus ciudades principales. Por estas razones no hubo una fuerte cohesión temática en los estudios históricos nacionales.

Por otra parte, la escritura de la historia pasaba por ser una actividad netamente literaria, la cual se ejercía como un “deber moral y como una prueba de amor a la patria”⁹⁸. Por tanto, todo ciudadano debía aprender y atesorar todos aquellos hechos significativos que marcaron el devenir de la nación garantizando su divulgación. De ahí la importancia metodológica de conservar toda aquella evidencia y documento del pasado, y dejar que la “fuente hablara por si sola”, sin ningún tipo de cuestionamiento o reflexión en torno a ella. Lo anterior impulsó la creación de academias de historia en casi todas las ciudades del país.

Igualmente, se llevaron a cabo la elaboración de manuales de historia y de grandes obras enciclopédicas, auspiciados por el gobierno convivialista de comienzos

⁹⁵ Comparar, Betancourt, Alexander, “Los revisionismos históricos. El momento de los años treinta”. En: *Historia y nación*. La Carreta Editores. Medellín: 2007. P. 85.

⁹⁶ Comparar, Colmenares, Germán, “Perspectiva y prospectiva de la historia en Colombia 1991”. En: *Ensayos sobre historiografía*. Tercer mundo editores. Bogotá: 1997. P. 98.

⁹⁷ Comparar, Colmenares, Germán, “Perspectiva y prospectiva de la historia en Colombia 1991”. P. 102.

⁹⁸ Ver, Colmenares, Germán, “Estado de desarrollo e inserción social de la historia en Colombia”. En: *Ensayos sobre historiografía*. Tercer mundo editores. Bogotá: 1997. P. 122.

del siglo pasado, por editoriales e instituciones de divulgación cultural (ACH) -tales como la *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria* (1911) de Jesús María Henao y Gerardo Arrubla la *Cartilla moderna de Historia de Colombia* (1934) de Bernardo Bermúdez Ortega y Francisco Ortega París-, los cuales le permitieron a todos los ciudadanos la apropiación de un conjunto de conocimientos generales sobre la historia del país, cuyo objetivo era edificar una memoria colectiva capaz de superar las adversidades del pasado para no repetirlas en un futuro. Estas obras de síntesis histórica se convirtieron en los primeros intentos por unificar las unidades de análisis en torno a la construcción de la nación.

Sin embargo, la orientación temática de los textos fue limitada, y terminó por concentrarse o dar preferencia a otros hechos de la vida nacional, a saber, la prelación por los sucesos de las batallas de la independencia en lugar de comprender la economía durante este proceso, o la narración excesiva de las proezas de los héroes nacionales a cambio de contar la participación de los sectores populares en la edificación de la República. A este tipo de narraciones historiográficas se le conoce en la actualidad como “historia académica”, dado que la mayoría se gestaron en las academias de creación y divulgación histórica durante los primeros años del siglo XX, perpetuando esa rigidez temática y metodológica explicada anteriormente. Autores contemporáneos como Germán Colmenares y Alfonso Múnera aluden dicha rigidez en la historiografía nacional al modelo de comprensión histórica planteado por la obra del siglo XIX *Historia de las revoluciones de la República de Colombia* (1827) de José Manuel Restrepo, la cual fue vigente como arquetipo historiográfico durante ese siglo hasta casi la primera mitad del siglo pasado.

Ya en la década del treinta, la orientación temática de la historiografía nacional pareció tomar un nuevo rumbo. Con la llegada de los liberales al poder y la consolidación de una política preocupada por la “cuestión social” y la cultura de las masas, los intelectuales de la época, entre los que se destacaban aquellos que escribían sobre historia, empezaron a interpretar el pasado del país desde otro punto de vista. El objetivo de estos divulgadores era describir con mayor grado de precisión los procesos históricos de la nación. Para ello, se concentraron en narrar una historia más regional, la cual incluyera a otro tipo de actores y espacios que antes parecían invisibles en la memoria colectiva de la nación. Se interesaron en estudiar con mayor profundidad a los

campesinos, a los indígenas y a los obreros y su participación activa en algunos de los procesos históricos más importantes de la nación. Sobresalen figuras tales como el entonces joven Indalecio Liévano Aguirre, el cual da su propia lectura del 20 de Julio como revuelta popular, ya que su posición política como liberal estuvo muy cercana a los movimientos obreros de su época.

Por otra parte, estos intelectuales, a pesar de pertenecer al conjunto de liberales más moderados y cuya visibilidad dentro del panorama de la política nacional era casi inexistente, contaban con un fuerte respaldo de su partido político, lo que les permitió tener una amplia plataforma de divulgación, a través de la prensa, los libros, los panfletos e incluso los programas radiales. De este modo, los divulgadores de esta nueva manera de hacer historia escribieron para el “gran público” intentando dar una nueva visión de los sucesos del pasado nacional. Empero, este nuevo paso no implicó una ruptura trascendental con la metodología y los principios interpretativos que brindaba la historia académica⁹⁹. Adicionalmente, en la otra parte de la balanza, los liberales más radicales intentaron edificar una historiografía basada en algunas categorías y modelos interpretativos provenientes del socialismo y de la izquierda política. En este orden de ideas, los intentos por comprender la historia de Colombia desde otra perspectiva temática marcaron la llegada de nuevas corrientes revisionistas en la historiografía oficial de la nación.

En líneas generales, los trabajos revisionistas tenían como propósito “convencer a la mayor cantidad de sectores sociales posible”¹⁰⁰. Para ello, incluían en sus relatos una estructura clara que permitía identificar fácilmente antagonismos entre los personajes o situaciones en sus historias, al igual que temas polémicos de interés social, tales como el antiimperialismo y la creciente acogida hacia el socialismo por parte de algunos sectores medios de la sociedad. Asimismo, empleaban un gran conjunto de herramientas de divulgación masiva, tales como los periódicos y las revistas de reconocido nombre, por lo que alcanzaron un considerable éxito editorial y una enorme difusión entre los lectores de la época¹⁰¹. No obstante, los estudios revisionistas nunca lograron desplazar los trabajos históricos creados en las academias, dado que sus

⁹⁹ Comparar, Betancourt, Alexander, “Los revisionismos históricos. El momento de los años treinta”. En: *Historia y nación*. La Carreta Editores. Medellín: 2007. P. 85.

¹⁰⁰ Ver, Betancourt, Alexander, “Los revisionismos históricos. El momento de los años treinta”. P. 87.

¹⁰¹ Ver, Betancourt, Alexander, “Los revisionismos históricos. El momento de los años treinta”. P. 87.

temáticas no se pudieron articular a los objetivos por los que abogaban dichas instituciones. Por esa razón, tuvieron más acogida en los hogares tradicionales y en pocas universidades públicas.

El advenimiento de la corriente revisionista en la historiografía no solo fue un fenómeno nacional, sino también Latinoamericano. A lo largo de la primera mitad del siglo XX, en América Latina se generalizó la labor de narrar de forma diferente los acontecimientos centrales que proporcionaron la creación de las identidades colectivas nacionales. Lo anterior debido a una necesidad de rastrear las huellas más antiguas de las repúblicas, las cuales permitieran comprender el porqué de las costumbres y los hábitos de sus ciudadanos. Los escritos que emergen de esta época destacaron el papel central del “pueblo” en la historia de la formación de los países e intentaron sensibilizar al público lector hacia todas las “expresiones marginalizadas” de los sectores populares que contribuyeron en la construcción de las identidades nacionales¹⁰², tales como sus canciones, sus artesanías, sus prácticas y sus rituales.

Por otra parte, los estudios revisionistas fueron el reflejo de un cúmulo de cuestionamientos hacia la historiografía oficial de la época y hacia los símbolos sobre los que se edificaban las identidades nacionales. La crítica hacia los modelos de historia académica representaron los síntomas de una crisis y la necesidad de reevaluar algunos contenidos en los trabajos sobre historia¹⁰³. Adicionalmente, algunos intelectuales consideraron la posibilidad de que dicha crisis estaba relacionada con el rápido crecimiento de las ciudades, la repentina industrialización de las mismas y el temor que representaba para la nación la llegada de nuevas ideologías políticas provenientes de Europa, tales como el fascismo y el comunismo, o incluso de incipientes marcos interpretativos provenientes de la escuela de los *Annales* o de la *Nueva Historia Económica*. Lo curioso –y contradictorio a la vez- es que en lugar de tomar estas ideas y construir nuevos modelos interpretativos para comprender el pasado nacional, se refugiaron en lo que denominamos un “liberalismo conservador”, cuyo eje central se explica en la frase “todo tiempo pasado fue mejor”.

La vuelta al “pasado ideal” fue una reacción de algunos grupos de intelectuales ante los inminentes cambios de la sociedad urbana, y contribuyó enormemente a la

¹⁰² Ver, Betancourt, Alexander, “Los revisionismos históricos. El momento de los años treinta”. P. 89.

¹⁰³ Comparar, Betancourt, Alexander, “Los revisionismos históricos. El momento de los años treinta”. P. 90.

consolidación de una nueva historiografía. De hecho, esta estrategia encajó perfectamente en las temáticas y valores por los que abogaban las academias de historia del país, entre ellas la ACH, por lo que sus autores y textos gozaron de una amplia difusión y reconocimiento por parte de la comunidad intelectual y del gran público de la época. Además, como su intención era la de promover un vínculo sentimental hacia las épocas y lugares que ya no existían, muchos de ellos, entre los que sobresalen intelectuales como Tomás Rueda Vargas o Germán Arciniegas, escribieron en periódicos columnas semanales sobre temas de historia, donde el lector promedio buscaba una “lectura rápida y amena pero también ilustrativa”¹⁰⁴. Incluso la gran cobertura de estas obras contribuyó en buena medida al fortalecimiento de la historia – como disciplina- en los colegios y en las universidades de la capital; en tanto que su divulgación también dependió de las redes políticas y personales con la dirigencia del Partido Liberal, hasta el punto de consagrar una mirada idílica del pasado¹⁰⁵, la cual giraba en torno a una reivindicación de un mundo rural más natural y sosegado.

No obstante, ante la carencia de modelos interpretativos que permitieran acercarse a los sujetos y espacios “sin historia”, esta corriente revisionista pasó por ser más literaria que “científica”. De ahí que la gran mayoría de sus autores eligieran la crónica como su género favorito a la hora de escribir sobre historia, y no los artículos o enciclopedias para su elaboración. Y como la historiografía representaba la única manera para describir y comprender el pasado y construir el futuro, rápidamente estas versiones “histórico-literarias” fueron legitimadas por las instituciones políticas como relatos verídicos que atesoraban todos los sucesos de la memoria nacional. De esta manera, la literatura logró suplantar la manera formal y académica tradicional de hacer historia con ayuda de los mismos vínculos políticos que unían a sus autores con las instituciones que ostentaban el poder.

En nuestro caso particular, Enrique Otero, ya reconocido político e intelectual en las décadas del treinta y del cuarenta del siglo XX, vivió en un contexto donde su partido pretendía atraer a las movilizaciones populares, a través de algunas asesorías políticas y legales a los sindicatos de obreros y a los movimientos de campesinos, con el propósito de legitimar ante el Estado su participación en las decisiones más importantes

¹⁰⁴ Ver, Betancourt, Alexander, “Los revisionismos históricos. El momento de los años treinta”. P. 98.

¹⁰⁵ Comparar, Betancourt, Alexander, “Los revisionismos históricos. El momento de los años treinta”. P. 97.

que se tomaban en el país. La persuasión hacia ellos también se evidenció en la aparición de la denominada “cultura de masas”, la cual reconocía y visibilizaba las costumbres y prácticas de los sectores populares del país. Para ello, muchos intelectuales trabajaron en la búsqueda y recopilación de las tradiciones de los habitantes del territorio colombiano, viajando a las zonas rurales y municipios de las regiones, investigando en los archivos locales y participando en las prácticas cotidianas del “pueblo”.

De esta manera, Otero se encontró en un momento en el que los intelectuales debían romper con un nudo que los ataba a seguir creando discursos que privilegiaban los hechos de la historia militar y política del país, del Descubrimiento, de la Independencia y de las guerras civiles. A pesar de que su propósito seguía siendo el de moralizar y crear un sentimiento patriótico, estos precedentes intentos historiográficos permitieron la visibilización de actores, espacios y procesos históricos nunca antes pensados. Autores como Luis Eduardo Nieto Arteta escribían en 1938 que la “historia está por hacer” y que era necesario superar las temáticas impuestas por la historia académica; él mismo es reconocido en la actualidad por ser uno de los pioneros en los estudios sobre historia económica en el país, ya que aseguraba que la economía jugaba un papel importante en la interpretación del pasado¹⁰⁶.

Otros intelectuales como Guillermo Hernández Rodríguez, y Juan Friede, en la década del cuarenta y del cincuenta del siglo pasado, se destacaron por escribir sobre temas de etnohistoria en relación con los indígenas, sus asentamientos y su organización social. Éste último compartió una estrecha relación académica con Enrique Otero tal como se puede ver en el intercambio de cartas que sostuvieron. En una de ellas, Friede le transmite a Otero un gran pesimismo sobre algunas políticas que maneja la ACH en torno a la publicación de investigaciones sobre historia. Le sorprende que la Academia exija a sus miembros la labor de “ordenar documentos cronológicamente, hacer índices, leer pruebas, etc.”, lo que para él representa una pérdida total de tiempo¹⁰⁷. Adicionalmente, se siente decepcionado por no saber si publicarán la colección de

¹⁰⁶ Comparar, Melo, Jorge Orlando, “Medio siglo de historia colombiana”. En: Leal Buitrago, Francisco, *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*. Ediciones Uniandes. Bogotá: 2000. P.156.

¹⁰⁷ Comparar, *Carta de Juan Friede a Enrique Otero*. 30 de noviembre de 1953. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D’Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 6. Carpeta 12. Rollo 3.

documentos que se le pidió que recopilara y otro texto de su autoría cuyo nombre no enuncia. Recurre a la amistad que lo une con Otero para que le diga sinceramente cuál es la pretensión de la institución con él y si cree oportuno abordar otro camino diferente al que lleva allí. Finalmente, muestra su consternación más profunda frente a la *Historia Magna* y el poco entusiasmo que rodeaba a los historiadores frente a su creación. Según él, ellos todavía dependían metodológicamente de la narración excesiva de las fuentes para contar los hechos del pasado, y esa manera de hacer historia “colando retazos de crónicas coloniales ya pertenecen al pasado”¹⁰⁸. Friede aseguraba que la elaboración de una enciclopedia debía necesitar mayor investigación, tiempo y seriedad por parte de los académicos. Además, dichos académicos solo trabajaban temas que les interesaban a nivel personal y que no iban a renunciar a ellos sólo por estudiar un periodo histórico que nos les interesa¹⁰⁹.

Las tensiones internas entre los miembros de las academias y la necesidad de renovar temáticamente –e incluso metodológicamente- los estudios históricos del país, fueron las razones que impulsaron la creación de una nueva historiografía. Quizás la publicación de unos cuantos libros en estas décadas (los cuales no superaron la decena) no parece muy significativa, pero fueron los síntomas iniciales de un cambio que nacía como respuesta a una profunda insatisfacción entre los intelectuales hacia el estado de la historiografía colombiana de la época¹¹⁰. Asimismo, la gran expectativa y acogida que tuvieron estos textos respondió al surgimiento de un nuevo público consumidor de la historia, el cual esperaba algo diferente a los trabajos ya publicados por la historiografía académica, y que esperaban ante todo un compromiso social por parte de los intelectuales y un desafío hacia las instituciones que legitimaban la historia oficial¹¹¹.

Las páginas que siguen a continuación intentarán abarcar las razones que motivaron a Enrique Otero a escribir una historia diferente; quizás más incluyente, completa o simplemente más descriptiva. Se propone, por tanto, que las obras historiográficas que escribió nuestro personaje fueron un intento por explorar y comprender a los actores ocultos de la historia nacional, los lugares donde ellos

¹⁰⁸ Ver, *Carta de Juan Friede a Enrique Otero*. 30 de noviembre de 1953. AGN.

¹⁰⁹ Comparar, *Carta de Juan Friede a Enrique Otero*. 30 de noviembre de 1953. ACH. Óp. Cit.

¹¹⁰ Comparar, Melo, Jorge Orlando, “Medio siglo de historia colombiana”. En: Leal Buitrago, Francisco, *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*. Ediciones Uniandes. Bogotá: 2000. P. 157.

¹¹¹ Comparar, Melo, Jorge Orlando, “Medio siglo de historia colombiana”. P. 159.

convivieron y las costumbres de su vida cotidiana. De lo anterior, se pretende advertir una leve y paulatina transición en los contenidos de la historiografía colombiana de la primera mitad del siglo XX, la cual generó una dinamización somera pero trascendental en la publicación de escritos sobre historia, replanteando así la idea -muy generalizada- de que la historiografía colombiana de esa época fue estática y reiterativa en sus temáticas y argumentos.

Enrique Otero y su “historia desde abajo”

La obra historiográfica de Enrique Otero se desenvuelve a través de dos corrientes; la historia académica y la novedosa corriente de los estudios revisionistas. En un principio, obras como *Dianas tristes* (1905), *Guía de Cartagena* (1912), *El Licenciado Jiménez de Quesada* (1918), *La bandera nacional* y *la Vida del Almirante José Padilla* (1921) fueron escritas bajo los principios y metodologías de la primera corriente, lo que le permitió ganarse un lugar en la ACH y pertenecer a otras academias regionales e incluso internacionales, tal como lo vimos en el capítulo anterior.

Sin embargo, luego de consolidar su posición en dichas instituciones, pudo madurar un poco más sus ideas y logró atreverse a cruzar una frontera historiográfica que algunos intelectuales de su época estaban atravesando. La crisis de la historia académica y el acercamiento a la cultura del “pueblo” fueron los motivos que impulsaron a Otero a describir de otra manera los sucesos del pasado. Por su parte, la búsqueda por comprender a los actores y los escenarios de la cotidianidad rural de su tiempo motivó a nuestro personaje a crear un conjunto de crónicas y relatos basados en su propia experiencia personal, en las fuentes que consultaba en los archivos de la época e incluso en los valores e ideologías que promovía su partido político.

Enrique Otero fue una persona que vivió durante buena parte de su vida en el mundo rural y semi-urbano de Bucaramanga, tal como se describió en el primer capítulo de este trabajo. Este acercamiento personal que tuvo con los campesinos de su tiempo y con sus costumbres lo incitó a escribir una historia que permitiera rastrear y comprender el origen y la razón de ser de dichas tradiciones, el comportamiento de los mismos y la manera de entender su entorno. De este modo, Otero tomó como objeto de estudio de sus relatos a estos personajes y los llevó al estatus de protagonistas centrales de sus

obras, al igual que había ocurrido con los grandes próceres de la patria a quienes se les dedicaron mucha tinta y páginas en los libros de historia de la época.

Además de aprovechar las experiencias propias de su niñez y adolescencia en el campo, Otero se benefició de los vínculos académicos que construyó en su vida adulta para poder consultar una gran cantidad de documentos pertenecientes a los periodos de la Conquista y de la Colonia, ubicados en los archivos locales de la capital, de las alcaldías de los municipios y de algunas parroquias. De hecho, tuvo contactos con los archivos de Indias en España a través del intercambio de correos con amistades que tenía por entonces. En 1949, un amigo desde Sevilla le escribe sobre una situación preocupante acerca de la escasez de copistas expertos en paleografía, los cuales ya no se interesaban en explorar la riqueza de la documentación en el archivo, la cual mostraba un conjunto de realidades que merecían ser revividas¹¹². Lo interesante de esta búsqueda hace referencia a que Otero no se concentró en rastrear documentos que permitieran identificar hechos importantes y la genealogía de los personajes fundacionales de la nación, sino que centró su mirada en las historias cotidianas de los siglos XVI, XVII y XVIII, las situaciones y los personajes que las narraron.

Lo anterior responde a una necesidad de estudiar las antiguas tribus de pobladores del por entonces actual territorio colombiano, los héroes nativos y ocultos de esa época y los sucesos que consolidaron paulatinamente su idiosincrasia; todos capítulos inexplorados de la vida literaria e histórica del país¹¹³. El anhelo era comprender esa ruptura entre el “pasado ideal” de la nación y el presente moderno; la transición repentina del mundo rural y campestre, a uno más urbano e industrializado. Ante la hostilidad del campo intelectual de la época, este proceso tuvo que ser legitimado a través del empleo de las crónicas y las novelas como géneros narrativos que podían dar luces sobre las nuevas temáticas elegidas, dado que ambos sintetizaban aspectos históricos y biográficos que transformaban al humano común en el héroe principal del relato¹¹⁴.

¹¹² Comparar, *Carta de un amigo a Enrique Otero*. 28 de noviembre de 1949. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D’Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 8. Carpeta 19. Folio 57.

¹¹³ Comparar, Gómez García, Juan Guillermo, *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX*. Universidad de Medellín. Universidad Nacional de Colombia. Medellín: 2011. P. 175.

¹¹⁴ Comparar, Gómez García, Juan Guillermo, *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX*. P. 196.

Lo anterior se ve estrechamente relacionado con un estudio hecho por Juan Guillermo Gómez García sobre la obra de Johann Wolfgang von Goethe y de Tomás Carrasquilla, el cual propone que el verdadero escritor es aquel que puede traducir su entorno natural en palabras, las cuales deben reflejar la verdad de las situaciones y de los lugares donde él vive. La vida para el escritor, por tanto, es “la región, la que nos inunda con sus misterios, sus escenas cotidianas, corrientes, montañosas”¹¹⁵. Asimismo, hablar de la región se convierte en un ejercicio que permite describir y comprender las prácticas que complejizan esa realidad, tales como las comidas típicas o la mentalidad de sus propios habitantes, hasta el punto de crear un retrato fiel de las experiencias del entorno donde vive el escritor.

El caso particular de Otero se asemeja a las semblanzas de Goethe y de Carrasquilla en el sentido de que nuestro personaje rinde una especie de tributo a sus orígenes e intenta plasmar los rasgos más importantes y distintivos de su entorno¹¹⁶, a través de su obra historiográfica. Debido también al contexto político del momento, en el que el Partido Liberal intentaba construir una nación sobre las bases de una cultura de masas, Otero se vio encaminado a explorar meticulosamente cada uno de las expresiones más profundas de la región, incluyendo las prácticas, hábitos y los modos de ser y sentir de sus habitantes. De esta manera, la historia se une con la literatura en un intento por comprender un pasado que, aunque se ha ido, no se debe olvidar. Y es esta premisa, este compromiso el que liga definitivamente a Otero con la historia; la idea de que cada cuento popular, cada dicho y cada personaje de la cotidianidad oculta una verdad que debe ser revelada. Sólo integrando el legado cultural de una región con la historia de toda una nación se podrá crear una conciencia histórica fuerte que moralice a los ciudadanos sobre la realidad del presente que permita edificar un horizonte¹¹⁷.

A continuación presentaremos tres de las obras sobre historia que realizó Enrique Otero entre la década del veinte y la del treinta del siglo XX. En ellas vamos a identificar esos rasgos culturales que nuestro personaje procuró plasmar en sus trabajos

¹¹⁵ Ver, Gómez García, Juan Guillermo, *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX*. P. 197.

¹¹⁶ Comparar, Gómez García, Juan Guillermo, *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX*. P. 209.

¹¹⁷ Comparar, Gómez García, Juan Guillermo, *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX*. P. 225.

y cómo intentó recrear fielmente algunas escenas cotidianas de la región hasta el punto de involucrar sus propias experiencias de la niñez para darle más contenido y sentido a sus narraciones.

El mundo colonial, según Enrique Otero

Cronicón solariego fue publicado por primera vez en 1922, un año antes de que su autor tomara el cargo de Tesorero Municipal de Bogotá. A pesar de que el libro vio la luz pública mucho tiempo antes de la gestación del proyecto liberal de “cultura de masas”, y en una década en donde la historia académica era el modelo hegemónico de hacer historia, este trabajo tuvo la particularidad de aportar una perspectiva diferente sobre el mundo prehispánico y colonial de la región originaria de Otero. Basado en la selección de un conjunto de documentos y de mapas, el escrito intenta reconstruir e ilustrar la ubicación geográfica de los pueblos indígenas que habitaban el territorio de lo que posteriormente sería el departamento de Santander antes de la llegada de los españoles. Igualmente, el texto pretende resolver la duda de cómo llegaron a darse las condiciones naturales y migratorias para que habitaran tribus en el valle donde actualmente se ubica la ciudad de Bucaramanga.

Asimismo, el trabajo maneja tres ejes temáticos para lograr dicho propósito; uno geográfico, otro etnológico y, por último, el histórico. A través de estas perspectivas, Otero invita constantemente al lector a plantearse las mismas dudas que él esboza a lo largo del texto, intentando responderlas por medio del gran acervo documental al que pudo acceder en el momento. Pretende, bajo esta metodología, propiciar en el lector un interés hacia la historia de su región, pero guiado bajo una duda constante hacia los hechos del pasado. Quizás no de la manera analítica como lo plantearía la Escuela de los *Annales*, pero sí de una forma más descriptiva y erudita, la cual pudiera resolver la cuestión del por qué, cómo y cuándo se dieron las condiciones necesarias para el surgimiento de las primeras poblaciones indígenas en la zona actual de Bucaramanga. Se puede decir, en pocas palabras, que la obra de Otero, a pesar de que no se aleja de los modelos metodológicos de la historia académica, sí tiene un propósito crítico; tal vez poco teórica, pero al menos indagadora frente al pasado de la región.

Ya en la introducción, Otero invita al lector a entrar confiadamente al contenido del libro, a leer las crónicas de antaño que narran “con su lenguaje sencillo y cristalino las suaves historias y leyendas que formaron la lejana vida del valle natal...”¹¹⁸. Para lograr la confianza del lector, el autor se propone contar las historias de una manera cuya lectura sea sencilla, a través de la explicación ligera de los personajes y de las situaciones que se presentan en las historias del texto, ya que no todos están acostumbrados a la “aridez natural” de los folios y sus “citas graves, conceptuosas frases, o eruditas y pesadas disquisiciones historiales”¹¹⁹. Recordemos que una de las características de estas obras revisionistas hace referencia a la simplicidad con la que se narra la historia, buscando atraer la mayor cantidad posible de público que las pueda consumir asegurando así el éxito editorial de las mismas.

El *Cronicón solariego* se divide en varios capítulos; cada uno de ellos expone cronológicamente los contenidos y las descripciones detalladas de los hechos que se van a narrar. De esta manera, ubica y prepara al lector para que siga un hilo conductor coherente, evitando confusiones y una “mala” interpretación de la historia. El capítulo uno, por ejemplo, aborda temas relacionados con la “etnología preconquistadora” del departamento de Santander, los límites geográficos entre *Guanes*, *Yariguíes* y *Chitarateros*, la dominación del valle de Bucaramanga por parte de los *Guanes*, la teoría que explica el origen de los *Laches* y unas cortas conclusiones¹²⁰. El orden del capítulo pretende hacerle sentir al lector que se encuentra en medio de una narración literaria, en donde primero se debe preparar y describir el escenario, a través de la representación geográfica del lugar, la ubicación y el origen de las tribus y los límites entre ellos; de ahí la importancia de los mapas en la obra de Otero, pues permiten recrear visualmente en la imaginación del lector los parajes de la obra sin necesidad de dirigirse hasta allá.

Luego de presentar el escenario, el autor empieza a gestar una trama entre los personajes de la historia (las tribus indígenas), por medio del uso de palabras tales como “dominación” y “hegemonía”, cuyo objetivo principal es establecer rápidamente quiénes son los buenos y quiénes los malos; quiénes controlan y ostentan el poder y los que luchan desde abajo para obtenerlo. Escribe sobre los *Guanes* que fueron un pueblo cuyas tendencias eran pacíficas y de “hábitos industriosos” en la elaboración de objetos

¹¹⁸ Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Cronicón solariego*. Imprenta del departamento. Manizales: 1922. P. X.

¹¹⁹ Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Cronicón solariego*. P. X.

¹²⁰ Comparar, Otero D’Costa, Enrique, *Cronicón solariego*. P. 1.

y que su nivel cultural bien podía haberse equiparado con el de los chibchas¹²¹. Por su parte, considera que sus vecinos, el “temible” grupo de los *Yariguíes* –tal como los nombra-, eran fuertes en la batalla y muy aguerridos en la protección de su territorio, el cual se extendía entre el bajo de Opón y Lebrija, dejando a los *Chitarateros* las tierras frías de los Andes de Santander sin ninguna opción para habitar otros lugares del valle¹²².

De esta forma, Otero prosigue con cada uno de los capítulos. En el cuarto de ellos narra los acontecimientos de la década que va de 1550 hasta 1560, marcada por la historia de los “placeres auríferos del Río del Oro celebrados por cronistas y virreyes”¹²³. Incluye un relato sobre cómo la Real Audiencia ordena que todo el oro encontrado por ellos se guarde a los Reyes de España, a través de la creación de un “código de minas” elaborado por los mineros y aprobado por el alcalde del lugar. Inmediatamente se describe la fundación de la primera iglesia, la llegada de los primeros religiosos y una rebelión de los *Guanes* en la zona del “Río del Oro”¹²⁴. A diferencia del primer apartado, en éste Otero pretende dar forma a la historia de la fundación de la ciudad de León a través de un aspecto que para la historiografía de la época, si bien ya era visible y comprendía un hecho histórico, no se le había tomado como eje central de las narraciones: se hace referencia a la actividad económica de la minería. En contraste con las versiones de la historiografía oficial de la época, la cual reducía la historia de las fundaciones de las ciudades y pueblos españoles al simple relato de las probanzas de mérito de los aventureros del Viejo Mundo a las Indias y a los relatos de los cronistas que viajaban con ellos, éste capítulo del texto muestra cómo el hallazgo de oro en el valle desencadenó una avalancha de edictos políticos que legitimaron la extracción del mineral y su posterior entrega a los Reyes en la Metrópoli. Sin embargo, Otero visibiliza el proceso intermedio entre estos hechos revelando, con documento en mano, la consolidación del distrito con la construcción de la iglesia, con la llegada de los religiosos que iban a evangelizar a los nativos que trabajaban en los reales de minas, la distribución de las encomiendas e incluso la narración de una rebelión entre los indios. La inclusión de este tipo de historias en la obra demuestra la

¹²¹ Comparar, Otero D’Costa, Enrique, *Cronicón solariego*. P. 1.

¹²² Comparar, Otero D’Costa, Enrique, *Cronicón solariego*. P. 2.

¹²³ Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Cronicón solariego*. P. 26.

¹²⁴ Comparar, Otero D’Costa, Enrique, *Cronicón solariego*. P. 26.

visión que tenía el autor de la época colonial: un mundo dinámico, lleno de situaciones cotidianas que complejizaban la comprensión tanto de las estructuras sociales, como de los actores y sucesos que ocurrían dentro de las mismas.

En otra parte del texto, Otero continúa describiendo y, a la vez, visibilizando la complejidad de la época que quiso explorar; en este caso, el momento de la migración al Nuevo Mundo. Para el autor, concluida la primera etapa de la Conquista, hubo una gran “corriente emigratoria” de “bulliciosos aventureros” hacia el nuevo continente. Muchos de ellos, según él, eran hombres de familia comprometidos con la idea de llegar a sus hogares con algunos doblones que les permitieran vivir tranquilos por el resto de sus vidas, o con el proyecto de llevar a sus hijos a algún pueblo lejano en América y formar allí una nueva vida. No obstante, otros tantos se desentendieron de sus obligaciones con sus familias y no volvieron jamás junto con ellas¹²⁵. Ambas circunstancias descritas anteriormente fueron el reflejo de una necesidad de Otero por comprender el comportamiento de los primeros pobladores españoles en la región, en tanto que ya no se conforma con saber cuántos hombres llegaron, si eran adelantados o bachilleres o si provenían de familias nobles. Se preocupa por enlazar las circunstancias que hicieron que el proceder de estos aventureros cambiara al atravesar el Atlántico de un lado hacia el otro. Reconoce que no todos actuaron de la misma manera, debido a las diferentes oportunidades que se les presentaban, ya sea por tener mucho dinero o por contar con nuevos terrenos para consolidar un nuevo hogar. Para los otros personajes (los desentendidos de sus obligaciones) concluye con una frase moralizadora, típica de la historia académica de la época: “Pobres hombres, tan frágiles como solemos ser...”¹²⁶.

Incluso tuvo Otero en esta obra la oportunidad de discutir algunas ideas de su tiempo. Más adelante en el texto asegura que el gobierno español de entonces, “aunque lo juren en contrario sus detractores, fue un constante defensor de los indios”¹²⁷. Según él, el número de Cédulas Reales que se redactaron para dicho fin son abundantes, y cuando algún gobernante o capitán las infringían era castigado por las autoridades competentes¹²⁸. El autor advierte que hay pruebas de todo esto en los archivos y en algunas historias que se incluyen en el capítulo catorce del *Cronicón*. Ahí se hace

¹²⁵ Comparar, Otero D’Costa, Enrique, *Cronicón solariego*. P. 76.

¹²⁶ Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Cronicón solariego*. P. 76.

¹²⁷ Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Cronicón solariego*. P. 106.

¹²⁸ Comparar, Otero D’Costa, Enrique, *Cronicón solariego*. P. 106.

referencia al caso del Visitador Suarez de Cepeda que realiza una visita a la cuadrilla de Pedro Ardila, quien era encomendero de Choague. En dicho apartado se muestran algunas declaraciones de los mismos aborígenes de la región y de un “protector” de ellos que establece una querrela en contra de Ardila, debido a un problema que tuvo éste último con uno de sus mineros. Al final el minero pierde el pleito y va a prisión, donde antes es reprimido públicamente en la plaza. Luego se incluye una “plática revolucionaria hecha a los indios *choagues* por el señor Visitador”¹²⁹, en donde se declaran sus derechos.

Lo particular en este caso es que Otero haya incluido en su obra este tipo de argumentos que evidencian un cambio en los antagonismos de los personajes históricos. De una corriente historiográfica que glorificaba a los próceres criollos de la Independencia y sus instituciones y deploraba todo aquello relacionado con el régimen español, se pasa a una mirada más contemplativa hacia ellos, intentando valorar lo positivo que hicieron en el pasado. Quizás esto obedece al interés que nace a finales del siglo XIX por rescatar las tradiciones hispánicas. Sin embargo, el hecho de visibilizar las “declaraciones de los aborígenes” en un texto de historia muestra la necesidad historiográfica de la época por comprender más a fondo las preocupaciones y las visiones que tenían ellos sobre la realidad. A continuación se presentará otro trabajo de Otero, publicado tiempo después que el *Cronicón Solariego*, y en el cual intenta describir y comprender con mayor profundidad la mentalidad de la élite y los sectores populares en el mundo colonial.

Historias cotidianas y leyendas

Doce años después de la publicación del *Cronicón solariego*, la Casa Editorial y Talleres Gráficos de Arturo Zapata publicó la obra de Enrique Otero titulada *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas* (1934). De contenido un poco similar al anterior, éste trabajo se basa en una compilación de algunas situaciones cotidianas, historias y leyendas que ocurren o se conciben a lo largo de la época colonial en el actual territorio colombiano. En términos metodológicos, y a diferencia del *Cronicón*, Otero no muestra una referencia documental específica sobre el uso de las fuentes con

¹²⁹ Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Cronicón solariego*. P. 147.

las que trabaja; quizás por la flexibilidad formal que quiere darle al texto (de ahí el título *Historietas*), con el fin de que el lector pueda tener una lectura rápida y amena de los relatos. A pesar de ello, en algunas partes del libro el autor advierte la existencia de libros, tratados y documentos que dan testimonio de las narraciones expuestas.

Historietas no se divide en capítulos; simplemente contiene un conjunto de relatos los cuales no están organizados cronológicamente. La idea del texto es que el lector pueda sentirse en la libertad de empezar por la historia que más le guste o esté interesado en explorar. De cierta manera, la estructura del trabajo muestra un poco la madurez intelectual de Otero, el cual se hallaba concentrado en lograr el propósito de crear una obra histórica que diera cuenta de las mentalidades de las personas que vivían dentro de la rígida estructura social colonial, desde los notables hasta aquellos pertenecientes a los sectores populares de la sociedad de entonces. Por ejemplo, en “Tal para cual”, se narra la historia del hidalgo don Anselmo Landinez de Chinchánchez, el cual vivía en la ciudad de San Juan de Girón, y cuya vida pasaba lenta y sosegadamente al lado de un buen “chocolate espumoso y aromático a mañana y noche, buen tabaco veguero, agua fresca en jarro de plata, misa tempranera y rosario al golpe de ánimas”¹³⁰. Las prácticas cotidianas de las personas se vuelven el tema central de las narraciones de Otero, al cual ya no le interesa describir las grandes proezas de los héroes ni sus acciones ejemplares y moralizadoras. Intenta ver en los sujetos del pasado aquellas costumbres que recreaban y, quizá, disfrutaban hacer en su tiempo libre, tal como beber una taza de chocolate, compartir una plática con los vecinos o asistir a sus prácticas religiosas.

De esta manera, estamos ante una historiografía que pretende dar cuenta de las prácticas y de las tradiciones de los individuos del pasado. La necesidad por conocer aquellas experiencias del diario vivir, que antes no se habían estudiado, junto con la crisis historiográfica de ésta década —explicada anteriormente—, fueron las causas que impulsaron a intelectuales como Enrique Otero a reelaborar nuevamente la historia nacional. En la historieta “De frente al sol”, se narra cómo los indios de Consota y los de Chinchiná todos “quimbayas de alcuña”, se juntaron con los negros para ir al Tambo, donde se cocinaba el “aderezo de una novilla cuyos tiernos despojos ofrecían un

¹³⁰ Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas*. Casa Editorial y Talleres Gráficos Arturo Zapata. Manizales: 1934. P. 35.

desayuno a la mesnada con el aditamento de cierta sustanciosa chingua y con buena cuantía de adobadas arepas que a fuego lento se doraban repantingadas en sus respectivas callanas”¹³¹. A pesar de no tener una rigurosidad metodológica en el texto, la cual se evidencia en el poco uso de citas de los documentos estudiados, el autor intenta rastrear prácticas que den cuenta del estilo de vida de los individuos, sin caer en un relato literario costumbrista, ya que su intención es la de construir conocimiento histórico serio. En este caso particular, la dieta matutina de los indígenas y los negros durante un viaje, el cual también puede dar razón de los alimentos que se producen en la región y de la manera como los preparan dependiendo de la zona geográfica a la que pertenezcan estos individuos. De cierto modo, esta historia en particular visibiliza a estos sectores populares no como actores pasivos de la historia, sino desde sus experiencias cotidianas, convirtiéndolo en sujetos activos dentro de las estructuras sociales del pasado.

Las prácticas cotidianas, por otra parte, intentan describir la mentalidad y la percepción de la realidad de sus personajes a través de las historias de su libro. En “El cacique Salomón” el autor asegura que los españoles guardaban ideas erróneas sobre la capacidad cognitiva de los aborígenes, hasta el punto de que muchos cronistas ponían en duda si tenían alma o no. Para Otero esta idea era absurda, dado que los indígenas poseían un conocimiento y unas tradiciones que “en materias de agudeza, lucieron rasgos que en ocasiones dieron cinco y raya al más despierto genio español”¹³². La descripción de su sabiduría “popular” se ve reflejada, por ejemplo, en la narración de los usos que tenían de las plantas nativas de la región. Se hace referencia, en una de las historietas, al uso del “culantro” como un buen ingrediente para sazonar las comidas, bajo la condición de ser moderado en su empleo, dado que puede ser hostigante “cuando se va la mano en el condimento”¹³³.

El conocimiento que poseían los nativos sobre aquel que no tenían los españoles les sirvió también como estrategia para diferenciarse unos de otros, creando una incipiente conciencia de grupo. Si bien la sociedad colonial era reacia y fuertemente estructurada –hasta el punto de crear las Repúblicas de españoles y las de indios, y los libros de castas- los aborígenes, a través del uso de refranes y de canciones, empezaban

¹³¹ Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas*. P. 131.

¹³² Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas*. P. 181.

¹³³ Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas*. P. 173.

a consolidar una mentalidad que les permitían reconocerse a ellos mismos como poseedores de una tradición única. Un canto indígena dice: "Líbrame Dios de la peste; De los mestizos y blancos; De los negros y las negras; De los zambos y mulatos!"¹³⁴. La idea de equiparar la enfermedad con el color de la piel, como en este caso, fue ampliamente difundida entre los indígenas con el fin de crear una frontera imaginaria con los demás sectores de la sociedad colonial, al igual que había ocurrido con las políticas raciales de la élite española o con la creación de comunidades negras independientes, tal como en el caso de los palenques.

En los tres casos se evidencia la necesidad de identificarse como miembros de un grupo social cuyos valores y tradiciones los legitimen dentro de la estructura social, a través de la conservación de un dialecto, de sus propios dioses, de su comida típica o incluso de sus propios principios. En "Talabalí" se narra la historia de cómo un hidalgo español debe batirse en duelo con "espada y macana" contra el indio Talabalí para obtener la mano de una tal doña María. Ante la imposición de tal condición, el español dice: "-Señor mío! considerad que soy hidalgo y español, y que no es de gentes de mi clase habérselas en tal suerte de desafíos y aún menos con indios o personas de baja condición!"¹³⁵. De esta manera, Otero se preocupa no solo por visibilizar la mentalidad de los sectores populares, sino que también se involucra con lo que piensa la élite de la época, cómo perciben la realidad y cuáles son sus prácticas cotidianas, construyendo así una historia más integral del pasado nacional.

Por otra parte, y volviendo a los sectores populares, Enrique Otero intenta describir dicha mentalidad en torno a una rudimentaria conciencia de grupo indígena, a través de la narración de la inconformidad de los aborígenes frente a las instituciones de la sociedad de su tiempo, que se ve reflejada en los testimonios que dejaron materializados en el papel. Nuevamente, en la historieta de "El cacique Salomón" se cuenta cómo Sugamuxi se quejaba de la mala administración de justicia existente en su pueblo. A pesar de que la Real Audiencia enviaba jueces y corregidores para intentar zanjar los problemas entre los indios y los encomenderos por cuestiones de trato y de oficios, estos últimos "continuaban impunes con visible perjuicio para los naturales"¹³⁶. Igualmente, la descripción de los juicios, las condenas y los castigos aplicados durante

¹³⁴ Ver, Otero D'Costa, Enrique, *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas*. P. 183.

¹³⁵ Ver, Otero D'Costa, Enrique, *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas*. P. 150.

¹³⁶ Ver, Otero D'Costa, Enrique, *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas*. P. 181.

la colonia, que logró introducir Otero en su obra, brindaron un panorama más amplio frente a la manera como los individuos eran tratados por las instituciones de su época. En la misma narración se ilustra cómo la justicia se aplicaba con rigor a los indios e incluso a los mestizos:

-Pero en vuestra mano no estaba la punición! Mirad que vuestra justicia meramente alcanzaba a los indios, a los meros indios!! -Talmente: el mestizo es la mitad indio y la otra mitad blanco, y yo solamente hícele dar la mitad de los azotes correspondientes a la sentencia y solamente le demandé la mitad de la deuda. Ahora, señor, como blanco que sois, haced justicia, si así os place, en la otra mitad de vuestro criado...¹³⁷.

El dolor físico y el escarnio público dirigido a los indígenas, como castigo en la época estudiada, son visibilizados por Otero con el propósito no sólo de sensibilizar a las personas que leen su trabajo, sino también de mostrar las experiencias traumáticas a las que podían estar expuestos los nativos. La diferencia entre el correctivo hacia los indígenas y hacia los mestizos, por otra parte, hacen aún más evidente esa estructura rígida e intransigente de la sociedad colonial, la cual no había sido vista de esa manera por la historiografía hasta entonces, lo que representa un paso significativo en el estudio de las instituciones coloniales, las prácticas que implicaban y su trascendencia sobre los individuos de la época.

Al igual que en el *Cronicón solariego*, Enrique Otero se preocupa mucho en esta obra por la descripción geográfica de los escenarios de sus historias. Esto no es sorprendente si tomamos en cuenta que el autor fue miembro de varias academias interesadas en estudiar la geografía nacional, tal como se pudo ver en el capítulo anterior. Por otra parte, la motivación por conocer la dimensión física de las regiones fue impulsada por la duda acerca de cómo se habían configurado las tradiciones y las costumbres de las personas a través de la convivencia con su entorno; una idea que había emergido a mediados del siglo XIX por medio del proyecto liberal de la Comisión Corográfica¹³⁸. Casi cien años después de estos trabajos, y coincidiendo con

¹³⁷ Ver, Otero D'Costa, Enrique, *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas*. P. 186.

¹³⁸ Fue un proyecto impulsado por el gobierno liberal de la época, el cual buscaba rastrear los rasgos y costumbres humanas a través de la comprensión del entorno físico. A la cabeza de la Comisión estaba Agustín Codazzi y un grupo de intelectuales, y duró entre 1850 hasta 1862. Ver, Múnera, Alfonso, *Fronteras imaginadas: La construcción de razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Planeta. Bogotá: 2005. Restrepo, Eduardo. “‘Negros indolentes’ en las plumas de corógrafos: Raza y progreso en el occidente de la Nueva Granada a mediados del siglo XIX.” En: *Nómadas*. Número 26: 2007.

otro periodo político liberal, en *Historietas* se puede vislumbrar nuevamente este propósito. En “Talabalí” se describe la dificultad que tuvo un chapetón de cruzar territorio de “veinte y cinco leguas de montañas asperísimas, valles profundos y nevados páramos, veinte y cinco leguas atravesadas por ríos caudalosos y que debían recorrerse por caminos sin senda y sin recursos”¹³⁹.

Si bien se tenía en cuenta el aspecto geográfico en la historiografía académica de la época de Otero como estrategia para crear un ambiente hostil a los héroes de la patria en sus largas travesías por las regiones y así agrandar su heroísmo, es la primera vez que se emplea para describir un rasgo de la vida cotidiana, como es el hecho de trasladarse de un lado a otro para ir al mercado central de los pueblos o para ir a los rituales religiosos todos los domingos. Asimismo, se emplea como recurso historiográfico para comprender con mayor profundidad las actividades económicas de la época. En la historieta “No hay deuda que no se pague” se narra cómo la Villa de Arma, fundada a mediados del siglo XVI, era famosa por tener numerosos yacimientos de minerales. Igualmente, su clima y la cantidad de indígenas de encomienda en la región permitieron que muchos españoles llegaran en búsqueda de nuevos horizontes para vivir¹⁴⁰. La descripción que se realiza sobre la fundación de este lugar muestra tres ejes relevantes para entender la economía de la época; los recursos naturales, la mano de obra y la inmigración. Tres categorías que en este momento de la obra se hacen visibles para mostrarle fácilmente al lector las dinámicas económicas de la colonia.

Y es que Otero muestra, por otra parte, que la economía colonial está lejos de ser inmóvil. En “El chambergo negro” relata cómo la ciudad caldense de Victoria fue económicamente productiva gracias a la riqueza en minerales que se encontraban en los yacimientos de Hervé y en las quebradas donde se podía hallar mucho oro. Lo anterior atrajo una gran cantidad de “vecinos y aventureros”, los cuales se instalaron en el pueblo e hicieron crecer rápidamente una población rodeada de riqueza, estabilidad y bienestar. Sin embargo:

Las minas mermaron; los indios de las encomiendas fueron desapareciendo al golpe de las fatigas y de los trabajos, y de adehala, los irreductibles pantágoras

¹³⁹ Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas*. P. 149.

¹⁴⁰ Comparar, Otero D’Costa, Enrique, *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas*. P. 18.

no daban tregua con sus asaltos, incendios y depredaciones, con lo cual, al correr los días, la población vino a menos¹⁴¹.

En *Historietas*, Otero no se conforma solamente con la descripción detallada de la geografía del lugar, ni de los recursos naturales que permitieron la consolidación de una economía estable al interior de las primeras ciudades coloniales. Se interesa por narrar, además, un conjunto de situaciones cotidianas condicionadas por un medio físico, las cuales dejan entrever un mundo dinámico y agitado. El relato de los “asaltos, incendios y depredaciones” que tuvieron que vivir los habitantes de la Victoria durante el siglo XVI fue una estrategia novedosa empleada por Otero para enriquecer la historiografía de su tiempo, visibilizando nuevos hechos sociales del pasado y transformándolos en objetos de estudio para la historia nacional.

Igualmente, a lo largo del libro, Otero va desarrollando un ejercicio intelectual muy interesante, cuestionándose constantemente sobre la veracidad de los testimonios y sobre el significado que subyace detrás de ellos, en la medida que narra las historias que va introduciendo en la obra. En “El castellano de San Juan”, por ejemplo, cuenta la llegada de una misteriosa flota de barcos a la ciudad de Santa Marta en el año 1629. Otero, ante este hecho particular, se pregunta cuán grande sería el temor de las personas de la ciudad al ver “aquella siniestra flota de blancas velas y negros gallardetes avanzando”¹⁴², considerando, por otra parte, “cuánta sería la zozobra del señor gobernador hallándose sin manera apropiada cómo resistir a tan travesía canalla...”¹⁴³. Esta forma somera de interrogar el pasado, a través de la duda que genera para el lector el saber qué sentían las personas ante los eventos más enigmáticos y peligrosos que ocurrían en su tiempo, fue el primer paso para reelaborar la historiografía de la primera mitad del siglo XX. Si bien no maneja un marco teórico específico, y el ejercicio que hace Otero es meramente descriptivo, no deja de ser innovador en la medida que la indagación hacia las fuentes se hace efectiva y deja las puertas abiertas a futuros intelectuales para la búsqueda de múltiples respuestas e interpretaciones.

En la siguiente obra de Enrique Otero veremos cómo el autor sigue ejecutando estos novedosos ejercicios intelectuales, esta vez a través de una recopilación de

¹⁴¹ Ver, Otero D'Costa, Enrique, *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas*. P. 105.

¹⁴² Ver, Otero D'Costa, Enrique, *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas*. P. 27.

¹⁴³ Ver, Otero D'Costa, Enrique, *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas*. P. 27.

historias narradas desde su propia experiencia, y de su encuentro con las tradiciones y costumbres más arraigadas de su región natal.

Experiencias diarias e historia

Montañas de Santander vio la luz pública en el año 1930. Fue una obra muy reconocida por los medios intelectuales, según los testimonios de la época, y una de las más solicitadas por algunas instituciones a las que estuvo vinculado Enrique Otero, tales como el Instituto Caro y Cuervo, la Biblioteca Nacional de Colombia, la Sociedad Mexicana de Geografía y estadística, la Biblioteca Ibero-Americana y la biblioteca de la Universidad Católica Bolivariana. El contenido del libro es la recopilación de un conjunto de experiencias cotidianas de Otero cuando era niño y vivía en el campo. Al igual que sucedió con *Historietas*, este trabajo no tiene un orden establecido ni está dividido por periodos ni capítulos, por lo que el autor buscaba con ello una lectura rápida por parte del público, independiente si era especializado o no, en los estudios históricos. Asimismo, el texto contiene unas ilustraciones que representan gráficamente las historias que se están narrando. Todas están dibujadas y representan un intento por hacer más explícitas y digeribles las historias, recreando en el lector las situaciones que se están intentando mostrar.

Igualmente, incluye un prólogo escrito por un familiar suyo, Gustavo Otero Muñoz, en donde se describen algunos momentos de la vida privada de Enrique Otero y ciertos rasgos de sus gustos y de su personalidad. Entre otras cosas, menciona que “su vivienda era en la ciudad, pero la compartía con breves temporadas en un fundo campestre”¹⁴⁴. Aparentemente Enrique Otero disfrutaba sus estancias en la vida rural hasta el punto de cultivar un gusto profundo hacia el tiple, donde “repetía en él las tonadas y los cantares que oía a los campesinos, con la habilidad de un concertista que no sabe de música”¹⁴⁵.

¹⁴⁴ Ver, Otero Muñoz, Gustavo, "Prólogo". En: Otero D'Costa, Enrique, *Montañas de Santander*. Bucaramanga: Imprenta del Departamento. 1932. P. II.

¹⁴⁵ Ver, Otero Muñoz, Gustavo, "Prólogo". En: Otero D'Costa, Enrique, *Montañas de Santander*. P. III.

La fijación que tuvo hacia los hábitos de los campesinos y su necesidad por describir y comprender sus prácticas cotidianas fue la motivación de Otero para escribir esta obra. Parte de una idea general que justifica, dirige y conceptualiza su percepción hacia este sector de la sociedad:

Veréis en el campesino ya en su vida patriarcal, en su existencia sencilla, en sus costumbres tradicionales, sus hábitos y carácter, su ideología, y le veréis también de cuerpo presente en el otro extremo de su vida, cuando la ventisca roja sopla furiosamente por sierras y valles, enceguciendo los ojos y aullando el somatén. Y al decir campesinos se comprende todo el gremio: el terrateniente y el peón¹⁴⁶.

Además de considerar a los campesinos como actores centrales de la sociedad y de la historia, Otero los homogeniza dentro de una misma clase social que no esté dividida por categorías, tales como terratenientes, hacendados (propietarios de grandes extensiones de tierras y dueños de la mano de obra) o peones (jornaleros que trabajan y sostienen la producción de las haciendas). Para él, tanto la “élite” campesina como los labriegos conforman una misma unidad, puesto que comparten las mismas experiencias cotidianas y poseen una visión de la realidad semejantes entre ellos. Quizá por el hecho de compartir un lugar común, donde se buscaba generalizar un conjunto de conocimientos particulares a través de discursos que se legitimen en el tiempo. La “experiencia histórica” que guarda este grupo social por medio del habla¹⁴⁷, de las prácticas culinarias o de los rituales religiosos, por ejemplo, constituyen los pilares que los unifican como miembros de una misma clase.

Lo anterior se puede explicar en la siguiente anécdota del libro. Cuando era un niño, Enrique Otero solía pasar tiempo con una campesina de avanzada edad con la que solía compartir ligeras idas hacia su ciudad natal. En medio de las travesías, ella solía contarle algunas historias y tradiciones que había heredado y que, a su vez, practicaba. Una de ellas hacía referencia al conocimiento de las estrellas, las constelaciones y el significado que para ella tenía. Se refiere la anciana a tres estrellas seguidas que llama

¹⁴⁶ Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Montañas de Santander*. Pp. 2-3.

¹⁴⁷ Comparar, De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano*. Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. México: 2010. Pp. 7-8. 16.

los *Tres Reyes Magos* representando cada una de ellas con el nombre de ellos –Gaspar, Melchor y Baltasar. La campesina considera a éste último como el “rey que prejerimos los probes”¹⁴⁸, a lo que le pregunta el autor, por qué. Ella responde: “-porque era morenito y nunca miró con mal ojo al probe”¹⁴⁹. Siguiendo con la explicación, la anciana le muestra una estrella de nombre *Verónica*, la cual es de color rojo porque la “salpicó la santísima sangre de mi Señor Jesucristo cuando ella le enjugó su bendito rostro con el paño...”¹⁵⁰. Y finalmente, le señala la *Cruz de Mayo* la cual sorprende a la vista de Otero, porque se pregunta cómo puede salir en el mes de diciembre, a lo que la campesina le responde que todas las estrellas del cielo salen a festejar el nacimiento del Niño Jesús, con excepción de las *Siete Cabrillas*, las cuales representan al mismo diablo¹⁵¹.

Esta ligera y convincente explicación sobre “astronomía popular” quizá marcó profundamente a Enrique Otero, hasta el punto apropiarse de dicho conocimiento y divulgarlo entre su propio círculo familiar y social, rodeado no solo de la élite urbana de Bucaramanga, sino también de los hacendados y terratenientes vecinos. Probablemente ellos compartían con anterioridad esas experiencias, pero su reiteración hacía que la experiencia se arraigara cada vez más y más. Por otra parte, a los campesinos de finales del siglo XIX no les importaba que las tres estrellas de los *Tres Reyes Magos* conformaran oficialmente el asterismo del *Cinturón de Orión*, o que la estrella *Verónica* realmente fuese *Betelgeuse* de la misma constelación, o que las *Siete Cabrillas* representaran *Las Pléyades* de la constelación de *Tauro*. Su misma invención de la realidad los invitaba a plasmar en las estrellas sus creencias, sus tradiciones y sus temores, así como había ocurrido en la Antigüedad con los griegos, los romanos y los persas. De este modo fue como legitimaron su sabiduría ante los demás sectores de la sociedad.

La descripción que hizo Enrique Otero de sus costumbres y experiencias, con o sin intención, marcó la pauta para explorar aún más en un campo en el que la historiografía de la época no se había detenido a estudiar. Se hace referencia a la visibilización no sólo de las tradiciones populares, sino también de los sistemas de

¹⁴⁸ Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Montañas de Santander*. Bucaramanga: Imprenta del Departamento. 1932. P. 19.

¹⁴⁹ Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Montañas de Santander*. P. 19.

¹⁵⁰ Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Montañas de Santander*. P. 20.

¹⁵¹ Comparar, Otero D’Costa, Enrique, *Montañas de Santander*. P. 20.

interpretación de la realidad, especialmente de los sectores populares en el pasado. En otra anécdota que recuerda el autor narra cómo el “Ñor” Pabón, un campesino vecino, relaciona el nacimiento de unos pollos con la celebración de la Cuaresma y de la Semana Santa:

Pí, pí, pí! Una cluecada de pollitos blancos como una nube pasó rocheleando junto a mí. Ñor Pabón hablaba sentenciosamente:- Son los pollitos de pasión. Se echa la nidada cuarenta días antes de la Semana Santa, y a la media noche del viernes santo revientan los cascarones y van saliendo todos los pollos blancos, blanquitos como un copito de algodón en memoria de la pasión y muerte de Nuestro Señor. Y cuando crezcan, los gallos cantarán Cristo murióóó! Diverso de los gallos de colores que cantan con mucho garbo: Cristo nacióóó!¹⁵².

Las señales de la naturaleza son intuitas por los campesinos y reinterpretadas para brindar un significado a la realidad. Rodeados cotidianamente de animales, árboles, ríos y montañas ellos intentan comprender todos los fenómenos que ocurren en su entorno y dan una diversidad de explicaciones a aquellos sucesos que les son incomprensibles. Sin embargo, su cercanía geográfica con la ciudad también les brinda algunas herramientas para interpretar su propio medio. Tal como se había descrito en el primer capítulo, la influencia discursiva de los partidos políticos o de la religión católica fueron algunas de los pilares desde donde los campesinos lograron consolidar y refinar su sistema de valores, unificando estrechamente las experiencias rurales con las ideas provenientes del mundo urbano. De esta manera, fue como el “Ñor” Pabón logró relacionar un suceso natural, como el nacimiento de unos pollos, con el tiempo de cuarenta días de preparación espiritual antes de la Pascua.

De igual manera, Otero recuerda otra anécdota de su niñez, esta vez relacionado con el comportamiento de las abejas. Según un viejo campesino, dichos insectos se ponían a hacer cera cuando sentían el sonido de una campanita. Este producto era la materia prima para hacer los cirios, los cuales serían bendecidos en el templo durante los rituales religiosos¹⁵³, razón por la cual las abejas apresuraban la elaboración de la cera en las colmenas al sonido de la campanilla. Esta relación entre el proceder de los animales con los propósitos religiosos de los campesinos tenía mucho sentido para éstos últimos, en la medida que todo lo creado en la naturaleza había sido obra de

¹⁵² Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Montañas de Santander*. P. 8.

¹⁵³ Ver, Otero D’Costa, Enrique, *Montañas de Santander*. P. 9.

Dios, y Él tenía potestad sobre el actuar de toda su creación; y aún más si lo que hacen un conjunto de abejas es cera para realizar cirios que enaltezcan su imagen y su presencia entre la humanidad. Así es como estos sectores de la sociedad comprendían su entorno a finales del siglo XIX en un gran esfuerzo mnemotécnico de Enrique Otero por entender la mentalidad de los individuos.

Finalmente, la labor intelectual que pretende desarrollar Otero en *Montañas* hace referencia a una necesidad por conservar, divulgar, pero sobre todo por comprender los testimonios que deja “un pueblo, de lo que dio una época, de lo que dio una generación”¹⁵⁴. A pesar de que pase el tiempo y éste se lleve consigo muchas huellas materiales, el libro, según el autor, será el encargado de atesorar los recuerdos y las experiencias cotidianas de la sociedad. Pero su función no termina ahí; también será el responsable de guiar a las generaciones futuras para que tengan una mayor comprensión de las realidades del pasado, a través de la exploración y reconocimiento de las tradiciones que se heredaron a través del tiempo.

En resumen, la obra historiográfica de Enrique Otero se considera precursora de las siguientes generaciones de publicaciones sobre historia en la medida que intentó comprender una suerte de actores y dinámicas que no habían sido visibilizadas por la historiografía académica de inicios del siglo pasado. Quizás hayan sido muy descriptivas y carentes de un cuerpo teórico riguroso, pero tenían la intención de dar cuenta sobre las tradiciones, los imaginarios y las prácticas de los sectores populares en la historia del país. Asimismo, el uso de un gran conjunto de archivos y la originalidad en la interpretación que realizó Otero de ellos, dentro de sus libros, fue un paso trascendental en la posterior consolidación de una historia social en Colombia, la cual se desarrollaría años más adelante ya en el segunda mitad del siglo XX.

¹⁵⁴ Ver, Otero D'Costa, Enrique, *Montañas de Santander*. P. 2.

Conclusiones

El novedoso intento por describir y comprender las tradiciones, las experiencias cotidianas y la mentalidad de los individuos, ya sean de élite o de los sectores populares de las sociedades del pasado nacional, fue el objetivo fundamental de la obra intelectual e historiográfica de Enrique Otero. La gran variedad de fuentes empleadas en la construcción de sus textos, la brevedad a la hora de contar las historias y las temáticas y situaciones que mostró a lo largo de sus libros –que buscaban captar la atención de un amplio grupo de lectores- ayudaron a Otero a ascender públicamente como miembro distinguido dentro del campo intelectual de su tiempo. A pesar de que su trabajo, hoy por hoy, y al igual que el de otros tantos contemporáneos suyos, no sea tan reconocido por los historiadores en la actualidad.

Asimismo, el propósito de intentar hacer una historia intelectual de este personaje a lo largo de este trabajo aporta unas reflexiones, las cuales se van describir a continuación. En primer lugar, la vida política, intelectual e incluso privada de Enrique Otero explica en buena parte los contenidos de su lugar de enunciación. El hecho de haber nacido en una región de tendencia liberal, de crecer bajo la tutela de unas instituciones que divulgaban las ideas y los valores tanto liberales como tradicionalistas de su tiempo, al igual que vivir entre el mundo rural y el urbano y compartir experiencias con los campesinos de la época, fueron los aspectos más trascendentales a la hora de comprender su labor intelectual y política.

Esto último se evidenció en su incesante búsqueda por ascender como político al intentar ganar el favoritismo y los votos de los miembros del Comité Liberal Obrero para llegar a ser presidente de la Cámara de Representantes. De igual manera, la descripción de las experiencias cotidianas de los campesinos de su región natal mostró ese rasgo de la personalidad de Otero que intentaba comprender las representaciones de la realidad de los sectores populares. Quizá lo anterior se explica como una estrategia política de Otero para ganar mayor visibilidad entre ellos, a través de la publicación de sus obras sobre historia, las cuales permitieran establecer una conexión y una empatía entre esta porción de la sociedad y él. Sin embargo, los buenos recuerdos que tuvo de su niñez en el campo lo motivaron a visibilizar la sabiduría popular de los campesinos y

los conocimientos que él mismo había adquirido por parte de estos últimos. De todos modos, ya sea por una u otra razón, la labor intelectual de Otero en este aspecto fue relevante al momento de entrever nuevas temáticas de estudio para la historiografía nacional, al igual que su aporte intelectual en la consolidación de la “cultura de masas” de la República Liberal, por lo que el mismo contexto de producción intelectual en el que vivió Otero influyó a la hora de determinar las temáticas de sus obras.

En segundo término, vale la pena aclarar que la obra de Enrique Otero era considerada como parte del conocimiento histórico nacional de la época. Aunque en muchos aspectos formales los libros de Otero pueden confundirse con la literatura costumbrista de los siglos XIX y XX, las mismas instituciones culturales e intelectuales de su tiempo lograron legitimarlas e incluirlas como textos de contenido histórico, a pesar de que ninguna de las tres obras estudiadas, curiosamente, fueron publicadas con ayuda de ellas. Por otra parte, quizá por el estilo formal de escritura, el cual no seguía los rígidos lineamientos de la historia académica ni contenía abundantes referencias a los documentos consultados, se puede llegar a considerar como un estilo de escritura próximo al género literario de la época.

Sin embargo, hay tres hechos que indican lo contrario: el primero hace referencia a que el mismo Otero advierte que no quiere que sus obras sigan una estructura rígida y pretende escribir una historia más asequible para el gran público. En segundo término, que instituciones de la época tales como la ACH, el Instituto Caro y Cuervo y la Sociedad Lingüística Aborígen, entre otras, solicitaban los trabajos de nuestro personaje valorando su contenido histórico y las acertadas reseñas sobre los hechos y personajes del pasado. Finalmente, un tercer aspecto se refiere al lugar desde donde se comprende los estudios de Otero. Si los juzgamos desde el presente, claramente los categorizaríamos como literatura, ya que no poseen un marco teórico ni emplean un modelo crítico definido. No obstante, si tomamos como referencia el punto de vista del campo intelectual de la época nos daríamos cuenta que los libros de Otero, al igual que los de Tomás Rueda Vargas, Germán Arciniegas o Eduardo Posada, pertenecerían al terreno de la historia en la medida que reconstruye los acontecimientos ocurridos en el pasado. En pocas palabras, su obra no se debe juzgar exclusivamente desde el presente, sino que debe comprenderse desde el pasado, teniendo en cuenta su contexto de producción. Recordemos que en esta época la historia no era una disciplina

profesional dentro de las universidades, y que el ejercicio de su escritura recaía en manos de ingenieros, médicos, economistas, literatos y, en el caso particular de Otero, de abogados aficionados al conocimiento del pasado.

Asimismo, la diversidad de oficios que desempeñaban los intelectuales aficionados a los estudios históricos deja entrever una gran pluralidad a la hora de indagar y escribir sobre el pasado nacional, dado que sus temas de investigación dependían de sus propios gustos personales. Esta multiplicidad de temas explica, en parte, la heterogeneidad de las instituciones de divulgación histórica de la época, tales como la ACH. A pesar de dar preferencia a la narración de los hechos heroicos y de los personajes distinguidos de antaño, pretendía publicar –en menor medida- estudios históricos sobre temas de economía y costumbres sociales, los cuales empezaron a crecer en número durante las décadas del treinta y del cuarenta del siglo pasado. No obstante, recordemos que este paso fue un poco traumático para intelectuales como Juan Friede, el cual, por medio de las cartas que escribía a Enrique Otero, mostraba su profunda decepción en relación con los proyectos de investigación que pretendía impulsar las altas esferas de la Academia, los cuales le parecían demasiado “tradicionales”. De esta manera, la heterogeneidad de las instituciones no sólo se entiende a partir de la variedad temática, sino también desde las tensiones entre sus miembros.

Sin embargo, y a pesar de la existencia de un sesgo temático e institucional al interior de la ACH, los trabajos revisionistas de la historia nacional, así como la obra intelectual de Enrique Otero, no marcaron una ruptura total con la historia académica. A pesar de la visibilización de otros actores y situaciones dentro de la historia colombiana y la importancia que tuvieron en la construcción de la nación, los trabajos de Otero no lograron tener una gran profundidad en la comprensión de las tradiciones y experiencias cotidianas de quienes se refería. Su propósito giró más en torno a la mera descripción de los hechos y no a la indagación de los mismos; aunque logró hacer un intento incipiente por cuestionar a las fuentes que empleó en la elaboración de sus libros. En términos generales, hubo una continuidad con la historia académica en términos metodológicos, pero si hubo una leve ruptura con dicha corriente historiográfica en relación con los temas, los personajes, los escenarios y las circunstancias que logró plasmar en los tres textos que se analizaron en el segundo capítulo de este trabajo.

En adición, junto con otros intelectuales de la época, Otero mostró el camino que se debía tomar para la renovación de los estudios históricos del país a generaciones posteriores. En sus archivos personales, Otero atesoraba un gran número de libros y artículos de revistas de la época –tanto nacionales como internacionales- sobre temas relacionados con historia, lo cual se explica en parte por sus vínculos intelectuales con numerosas academias e instituciones de divulgación cultural e histórica. Sobresale un estudio inédito titulado *Introducción a la filosofía de la historia*¹⁵⁵, cuya fecha data de 1937 y, juzgando por la forma física del documento, parece ser un borrador y no una publicación oficial. La obra carece de autor, dado que no aparece un nombre claro, ni iniciales ni pseudónimos en ninguna de las páginas del texto, por lo que desconocemos si lo escribió Enrique Otero u otro intelectual de su tiempo. Lo importante de este hallazgo es que nos permite rescatar el interés de nuestro personaje, ya sea como autor o como lector, por este tipo de reflexiones. En el prólogo de la obra se deja claro su objetivo:

No ha sido nuestro propósito estudiar el mecanismo de los fenómenos históricos, sino como lo dice el título de nuestro estudio, sentar algunas bases preliminares que consideremos pertinentes para apreciar mejor, tomándolos desde su origen, el progresivo desarrollo del hombre y por lo tanto el desenvolvimiento de las sociedades [...]. Consideramos que la ciencia histórica, al observar y analizar los hechos, nunca encuentra la personalidad humana en estado de aislamiento del medio que la envuelve, sino antes, al contrario, subordinada siempre a las fuerzas activas de la naturaleza, de que aquella hace parte¹⁵⁶.

El propósito mismo del estudio es rastrear los orígenes de la humanidad y cómo ésta ha podido adaptarse al medio donde vive. Se contempla al hombre como una especie que no debe considerarse un agente aislado del mundo, sino que conviene ser estudiado a partir de su interacción con la naturaleza y como parte de la sociedad que él mismo ha edificado. Para ello, se resuelve hacer un análisis previo de todas las teorías e interpretaciones relacionadas frente al tema. El capítulo uno, por ejemplo, reconstruye las disertaciones de la ciencia histórica al finalizar el siglo XIX, los intentos por “sistematizar” la historia en dicho siglo a través de los conceptos postulados por Tarde,

¹⁵⁵ Ver, *Introducción a la filosofía de la historia*. AGN. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D’Costa. Serie Estudio sobre la filosofía de la historia. Una gaceta de un sector de Bogotá. Caja 56, Carpeta 142. Folios: 1-324. Rollo 22.

¹⁵⁶ Ver, *Introducción a la filosofía de la historia*. AGN. Folio 1.

Schelling y Schopenhauer, el progreso de la “Filosofía de la Historia” y de la sociología hasta las primeras décadas del siglo XX, expresado en las ideas de Comte, Wells, Febvre y Breysig y la necesidad por crear un oportuno método de investigación¹⁵⁷. Posteriormente, en los diez títulos siguientes, se narran los “progresos” de la humanidad, desde el surgimiento del lenguaje, la agricultura y la metalurgia, hasta la explicación del surgimiento de ideas contemporáneas sobre diferentes hechos naturales y sociales, tales como el fascismo, el comunismo o incluso la ley de la conservación de la energía mencionada en el capítulo XIX¹⁵⁸.

Lo interesante de este libro es el intento por aproximarse hacia una nueva comprensión de la historia, siguiendo la misma marcha de las ideas que se empezaba a gestar en Europa desde principios del siglo XX. En la primera parte del libro se aclara que, al hablar de historia, se debe referir ineludiblemente tanto al orden cronológico de los acontecimientos como a la causalidad que los produjo; y este problema de la disciplina debe ser estudiado a través de la filosofía de la historia¹⁵⁹. Dichas reflexiones se encaminan a tratar cuestiones puntuales sobre el quehacer del historiador, tales como la adulteración de la verdad histórica por medio de la pasión que siente el historiador, la veracidad de los testimonios y el problema de la crítica y el juicio de los hechos a través de la comprensión de las fuentes. La investigación científica y el método de observación en la historia determinan tres factores importantes en el desarrollo de los contenidos del libro: la primera categoría se refiere al estudio de la geografía y del medio ambiente, es decir, la importancia del clima, de las riquezas naturales y de las “propiedades físicas y químicas de la materia” en el desarrollo de la humanidad. La segunda hace referencia a los rasgos fisiológicos y psicológicos de los individuos, en donde se analiza el papel de la raza, las necesidades económicas, las pasiones y las ideas. Por último, se encuentra la “categoría social”, la cual estudia el proceso de formación de las instituciones, los regímenes políticos y religiosos, la familia, el lenguaje y el arte¹⁶⁰.

Como se pudo observar, este texto, al igual que otros tantos que se hallaban en la biblioteca de Otero, expone unos contenidos diferentes a los encontrados en los trabajos de historia académica de la época. Se evidencia una preocupación más explícita sobre el

¹⁵⁷ Ver, *Introducción a la filosofía de la historia*. AGN. Folio 2.

¹⁵⁸ Ver, *Introducción a la filosofía de la historia*. AGN. Folios 44, 53, 57-58, 166.

¹⁵⁹ Comparar, *Introducción a la filosofía de la historia*. AGN. Folio 2.

¹⁶⁰ Comparar, *Introducción a la filosofía de la historia*. AGN. Folios 5-6.

devenir histórico de la humanidad y la necesidad por crear un método más consistente en la escritura de la historia. Por otra parte, se intenta hacer una investigación histórica más global, la cual describa no sólo los hechos y los personajes más representativos del pasado, sino también cómo los escenarios físicos del mundo y los rasgos psicológicos e intelectuales de la humanidad se articulan para moldear los mismos acontecimientos históricos. En pocas palabras, se aboga en esta época por una historia más holística y general, quizá un poco menos descriptiva, y más crítica.

Es plausible que estas novedosas ideas sobre cómo escribir la historia influenciaron a Enrique Otero a la hora de crear sus obras, a pesar de que la llegada de estas corrientes intelectuales llegaron casi a finales de la década del treinta, ya cuando Otero había publicado los tres estudios que analizamos en el segundo capítulo de este trabajo. Sin embargo, no es clara la barrera cronológica sobre el advenimiento de dichas nociones sobre historia, puesto que el intercambio intelectual de nuestro personaje con las instituciones e intelectuales de otras latitudes del planeta comenzó a mediados de la década del veinte, por lo que se considera que él comenzó a empaparse de estos textos desde mucho tiempo antes del surgimiento del borrador de *Introducción a la filosofía de la historia*.

La recepción de ideas que permitían una reflexión más profunda sobre la historia, su escritura y su comprensión, las cuales provenían de Europa, principalmente, aunque también podían haber llegado desde centros intelectuales latinoamericanos (recordemos que las ideas no necesitan de pasaporte para viajar), motivaron a Enrique Otero a escribir una historia que abarcara nuevas perspectivas e incipientes formas de comprender el pasado, a través de la comprensión geográfica de los espacios, de los rasgos psicológicos de los individuos y de las instituciones sociales que ellos mismos crearon. Asimismo, la intención por consolidar una historiografía asequible para el público no especializado, a través del uso de varios recursos literarios, fue un paso importante en la renovación en los estudios históricos del país. Los cambios incipientes en la historiografía durante esta época, finalmente, impulsaron una búsqueda más amplia por comprender múltiples aspectos de las personas y las sociedades de antaño, lo que llevó a una transformación importante de la historiografía en las décadas siguientes.

Lo anterior nos conduce a reconocer que la escritura de la historia es una práctica dinámica, y no algo inamovible a través del tiempo. La relevancia que toman

los estudios sobre historia de las ideas e historia intelectual contribuyen a una mejor comprensión de cómo se ha interpretado y transformado la historia de la humanidad a través del tiempo. Nos muestra un camino diferente para comprender la historia, la cual puede reescribirse una y otra vez a medida que pasan los años y las personas. Nos prueba que la historia, al igual que todas las cosas del mundo, puede cambiar.

Bibliografía

Fuentes primarias

Archivos personales de Enrique Otero

- Archivo General de la Nación. Sección República. Fondo Academia Colombiana de Historia. Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 6. Carpeta 12. Rollo 3.
- “_____” Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 11. Carpeta 27. Rollo 5.
- “_____” Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 18-20. Carpeta 48-57. Rollo 9.
- “_____” Colección Otero D'Costa. Serie Asuntos varios. Correspondencia. Caja 21. Carpeta 60. Rollo 10.
- “_____” Colección Otero D'Costa. Serie Manifiestos impresos. Dirección liberal. Caja 22. Carpeta 64. Rollo 11.
- “_____” Colección Otero D'Costa. Serie Estudio sobre la filosofía de la historia. Una gaceta de un sector de Bogotá. Caja 56, Carpeta 142. Rollo 22.

Obras estudiadas

- Otero D'Costa, Enrique, *Cronicón solariego*. Imprenta del departamento. Manizales: 1922.
- “_____” *Historietas. Leyendas y tradiciones colombianas*. Casa Editorial y Talleres Gráficos Arturo Zapata. Manizales: 1934.
- “_____” *Montañas de Santander*. Imprenta del Departamento. Bucaramanga: 1932.

Fuentes secundarias

Sobre historiografía colombiana

- Betancourt, Alexander, *Historia y nación*. La Carreta Editores. Medellín: 2007.
- Colmenares, Germán, *Ensayos sobre historiografía*. Tercer mundo editores. Bogotá: 1997.
- Lewin, Juan Esteban, *La inmovilidad de los textos. La historia colombiana en los manuales escolares de la primera mitad del siglo XX*. Universidad de los Andes. Departamento de historia. Bogotá: 2005.
- Melo, Jorge Orlando, “Los estudios históricos en Colombia”. En: *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas*. Editorial Martín Vieco. Medellín: 1996.
- “_____”, “Medio siglo de historia colombiana”. En: Leal Buitrago, Francisco, *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*. Ediciones Uniandes. Bogotá: 2000.

Sobre historia política e intelectual

- *Las guerras civiles desde 1830 y su proyección en el siglo XX*. Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado. Museo Nacional de Colombia. Bogotá: 2001.
- Delpar, Helen. *Rojos contra azules: el partido liberal en la política colombiana, 1863-1899*. Procultura. Bogotá: 1994.
- Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales. Historia intelectual*. Universitat de Valencia. España: 2007.
- Gómez García, Juan Guillermo, *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX*. Universidad de Medellín, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Medellín: 2011.
- Gramsci, Antonio. *La formación de los intelectuales*. Editorial Grijalbo. México D.F: 1967.
- Sánchez, Gonzalo, Pécaut, Daniel y Uricoechea, Fernando. *Los intelectuales y la política*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales,

Universidad Nacional de Colombia. Fundación para la Investigación y la Cultura. Bogotá: 2003.

- Silva, Renán, *República liberal, intelectuales y cultura popular*. La Carreta Histórica. Medellín: 2005.
- Urrego, Miguel Ángel, *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia*. Universidad Central. Bogotá: 2002.

Sobre historia general

- De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano*. Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. México: 2010.